

LEOPOLDO DE TRAZEGNIES GRANDA

# CONJETURAS Y OTRAS COJUDECES



LETRAZ

**Conjeturas  
y otras cojudeces  
de un sudaca**

**LEOPOLDO DE TRAZEGNIES GRANDA**

**CONJETURAS Y OTRAS COJUDECES**

(Este libro no ha obtenido ningún galardón literario)

\*\*\*

COLECCION "EL ABACO ROTO"

---

SEVILLA

Este libro se publicó inicialmente bajo el título:  
*"Conjeturas y otras cojudeces de un sudaca"*.

**Autor y editor:**

Leopoldo de Trazegnies Granda  
Apartado 11 (Montequinto)  
41089 SEVILLA (España)

Correo-e: [trazeg@arrakis.es](mailto:trazeg@arrakis.es)  
Páginas Internet:  
<http://www.trazegnies.arrakis.es/>

Primera edición: mayo/1997  
Versión electrónica para Bubok: enero/2009

**Nota:** La primera edición fue íntegramente obsequiada, excepto un ejemplar que se vendió en la librería Fortuny de Barcelona y otro en la librería Al-Andalus de Sevilla.

© Es propiedad del autor.  
Sevilla, 1996.

(Queda completamente autorizada la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático).

**Depósito legal: SE-683-97**  
**I.S.B.N.: 84-605-6229-8**

---

Ilustración de portada: Dios elamita (año 2000 a.C.).

*A mi hija Rosita,  
que me corrigió las faltas de ortografía*

**ADVERTENCIA:** Este libro (pasquín o libelo) no está destinado a los circuitos comerciales sino a los que considero mis amigos, que espero sean más indulgentes y lo guarden a ser posible virgen en el cajón donde tengan las fotos de familia inclasificables, el manajo de llaves que nadie sabe qué puertas abre o el vídeo porno olvidado. Si decidieran colocarlo en su biblioteca les ruego que tengan cuidado no se le vaya a acercar ningún *best-seller* porque es muy sensible y podría suicidarse tirándose de cabeza al cubo de la fregona con lejía.

## PRÓLOGO

Si yo no escribiera me gustaría ser locutor de radio. Aunque pueda parecer paradójico, creo que muchos de los que escribimos lo hacemos para no tener que hablar. Hablar significa violentar al interlocutor, obligarlo a escucharte, en cambio el que lee lo hace cuando quiere, donde y en el momento que le apetezca (supongo lector que usted en este momento no se encuentre sentado en el *water*) con lo cual uno puede exponer libremente sus ideas por escrito como quien habla a ciegas o como lo hace un locutor de radio. El escritor y el locutor pertenecen a la misma especie animal, exponen sin pedir respuesta, ni siquiera exigen que les presten atención. La radio permite la misma libertad de expresión que la escritura porque el oyente puede en cualquier momento cambiar de emisora o apagarla, como quien cierra un libro.

Con esta aclaración que espero que sí sea tomada por justificación o disculpa me atrevo a seguir escribiendo.



## LA MEMORIA ANCESTRAL

Creo que de chiquito era inteligente y hablaba de corrido, aunque ya en esa época se me olvidaban las palabras como ahora.

Escribir sin acordarse de las palabras es como esculpir en el aire (o escupir al viento, que para el caso es igual). Como no me resigno a callarme me valgo del sistema de ir dejando espacios en blanco, correspondientes a las expresiones que en ese momento no recuerdo, para rellenarlos posteriormente aunque mientras tanto el párrafo resulte totalmente incomprensible.

Algunos filósofos han asociado el lenguaje al pensamiento, sostienen que se piensa con palabras. Si su teoría es cierta, tendría que aceptar que soy subnormal, pero lo que resulta contradictorio es que yo entiendo perfectamente mis textos llenos de lagunas, luego no pienso con palabras ¿entonces, en qué coño pienso yo?

Durante el tiempo que emigré a Bélgica (la tierra de parte de mis antepasados) mi falta de retentiva me llegó a preocupar porque me olvidaba de los términos castellanos a un ritmo superior de los que aprendía en francés. Me arriesgaba a volverme mudo por culpa de mi mala memoria.

Por eso comprendo mejor que nadie el intenso drama de mis perros que sólo tienen los ladridos para pensar, aunque sospecho que a uno de ellos le pasa lo que a mí: que sabe pensar sin necesidad de palabras.

Menos mal que mi problema de emigrante en Bélgica se resolvió, con gran esfuerzo, comprando periódicos españoles, escuchando RNE todas las noches

(enganchando la antena de la radio al bajante del tejado del vecino) y acudiendo a la Alliance Française a aprender nociones básicas del idioma nativo. También creo que en esa época empecé a comer un poco más, lo cual me facilitó mucho las cosas.

Mestizo como soy de muchas sangres, a veces descubro en mi subconsciente (o por allí) contradicciones o afinidades culturales que me deparan muchas sorpresas. Mi aspecto es de sanguíneo braquicéfalo, pero si me soban un poco (y me calientan) aparece el latino mediterráneo y si me raspan (me pongo melancólico y) sale el indio andino. No me extrañaría nada deberle los pómulos a Oriente y la calidad de mis huesos a Africa (al menos eso quisiera yo). En el Perú "el que no tiene de inga tiene de mandinga" o de cualquier otra cosa, todos somos mestizos aunque algunos se resistan a reconocerlo.

Nací en una maternidad bulliciosa de ciudad subdesarrollada y un poco corrompida, con nombre de fruta y cielo color mazamorra: Lima. Conservo el resguardo de doscientos cincuenta soles que pagó mi padre por el parto. Me lo dio antes de morir en una carpeta de papeles sobre mi nacimiento. Seguramente lo engañaron en el precio cuando oyeron su acento extranjero, porque en esa época, hace cincuentisiete años, dar a luz en centro público tenía que ser más barato.

América ha sido siempre tierra de emigración para los europeos. No tiene pues nada de extraño que mi padre diera románticamente con sus huesos en el Perú atraído por una limeña que conoció en París en los años veinte.

Comprendo la decepción de mi madre al ver que nacía su tercer hijo varón, cuando ella esperaba una mujercita. Actualmente hubiera podido ir haciéndose a la idea desde el primer "scanner", pero entonces sólo pudo saberlo cuando la partera me levantó por los tobillos como

quien muestra un gato y los presentes pudieron observar sin disimulo el apéndice masculino indeseado. La enfermera, que esperaba para bañarme y vestirme, se sentiría ridícula sosteniendo los roponcitos rosados que mi madre y mis tías, incluso mi tía Areopagita, habían tejido en las aburridas tardes miraflorinas.

Nací pues belgo-peruano, cosa ya bastante rara, pero lo peor era que me asomaba al mundo culpable de la inoportunidad de mi sexo y estoy seguro que desde mi rosada cuna intenté hacérmelo perdonar. Creo que con mucho esfuerzo lo logré y no recuerdo que posteriormente nadie me lo echara en cara.

Crecí peruano a secas, con patriotismo futbolero de campeonatos sudamericanos. Fui europeo por azar, más tarde español por voluntad propia y ahora creo que envejezco en indio y empiezo a leer al Inca Garcilaso.

Aunque me fío poco de las memorias magnéticas siempre serán mejores que las ancestrales, por eso, he grabado mis circunstancias genético-culturales en el ordenador para poderlas consultar cuando se me olviden.

## EL CINTURÓN DEL “TACATACA”

El coche es uno de los inventos modernos que más disposiciones legales ha acumulado a su alrededor (y yo uno de los conductores que lleva la guantera más llena de papeletas por desobediencia civil). Mientras se limitaron a obligarnos a circular por la derecha, aparcar al borde de la acera, detenernos en los semáforos, todo parecía muy razonable pero el primer síntoma de alarma saltó cuando nos obligaron a ponernos el cinturón de seguridad. ¿Por qué nos quieren proteger a la fuerza? ¿Acaso me obligan a ponerme una faja para no herniarme cuando cambio los muebles de sitio en mi casa? El coche también es un ámbito privado, hasta íntimo podríamos decir y no atándome el cinturón al único que pongo en riesgo es a mí mismo.

He comprobado que con el cinturón puesto vuelvo al "tacatata" de mi infancia del que yo me tiraba de cabeza para zafarme de tan incómodo "andador". Entonces, mi inconformismo infantil me costó que me llevaran a un precioso *Kindergarten* cuando aún gateaba. Tuve que suplir mi desventaja ante niños que ya eran homínidos erguidos capaces de correr y poseedores de grandes dosis de agresividad hasta convertirme en un vulgar matón de guardería. No soportaba que los niños lloraran cuando los dejaban en ese hermoso jardín lleno de rosas regido por dos ancianas alemanas (supervivientes de la Alemania nazi). Apenas descubría el primer gimoteo a mi alrededor me lanzaba a cuatro patas con el juguete de madera más sólido que tuviera a mano a golpear sin contemplaciones al llorón de turno. Al advertir las ancianitas el miedo que infundía mi

pequeña anatomía me utilizaban para asustar al resto de los niños: "Cuidado que llamo a Leopoldo" les decían y yo me imaginaba como un oso Yogui malo malísimo y vengador.

Mi actitud debió impactar profundamente a algunos de mis compañeros de juegos y peleas porque como diez años después, en una fiesta, se me acercó un muchachote con cara de pocos amigos y me dijo: "Soy el hijo del doctor Osarvi". Y antes que yo pudiera contestarle con soberbia: "Y yo el sobrino de Tarzán" me tiró una patada en el testículo inferior (el superior ya lo tenía en la garganta) que me dobló hasta hacerme lamer el polvo del *hall* de la casa de Berta donde se celebraba la fiesta. Recordé entonces al niño más llorón de la guardería y a mi mamá echándome la bronca: "No vuelvas a pegarle al hijo del Dr. Osarvi que cuando te enfermes no va a venir su papá a curarte". Yo me sentía tan mal a causa del patadón que estuve a punto de rogarle que llamara a su papá en ese momento para curarme.

De las experiencias infantiles se sacan muchas conclusiones. Esta me ayudó a entender las relaciones entre el Poder y el individuo. Que el abuso y la fuerza no solo emanan del Poder sino también del vecino. Por eso ahora me pregunto con qué derecho les prohibía yo llorar a los niños y ¿qué derecho tiene el gobierno para a obligarme a hacer cosas dentro de mi coche? Como poder puede cualquiera; como Poder también. ¿Pero es moralmente admisible? ¿Podría prohibirme fumar dentro de mi coche, por ejemplo?

Me alarma que se empiecen a dictar normas que deban cumplirse en la intimidad. Ya en Estados Unidos (la nueva utopía) se pretendió prohibir por decreto el sexo anal (homosexual y heterosexual), la intención era loable: se trataba de protegernos hasta del sida conyugal. La ley, como advirtió un senador, tenía un defecto técnico: "los medios para verificar su observancia son extremadamente

complicados" y sin duda alguna tenía razón. Sin embargo el cinturón de seguridad se lo pueden exigir a uno en cualquier semáforo. No cuestiono la eficacia de amarrar al asiento de su coche a millones de automovilistas sino su obligatoriedad. Por otro lado, envidia a quien se le ocurrió la idea y convenció al Poder para suministrarlos.

Aún admitiendo que nos puedan sancionar dentro de nuestro propio coche, las multas son en sí mismas injustas. Pongo por caso: al borde de la carretera que recorro para llegar a mi actual domicilio en Sevilla se suele instalar un vendedor de naranjas ambulante que trae su cargamento todas las mañanas en una camioneta desvencijada.

El otro día le estaban multando por haber venido sin el cinturón puesto. El hombre intentaba librarse de pagar las diez mil pesetas con un argumento que a mí me pareció perfectamente lógico. Sostenía que la multa era el equivalente a sus ingresos de una semana de trabajo (a treinta pesetas el kilo de naranjas *huachi*) y que no iba a poder darle de comer a sus hijos. Efectivamente, un señor que vaya en un Mercedes Benz y gane cuatrocientas mil al mes, puede reírse de la multa, le supone sólo un 2,5 % de su sueldo, en cambio la familia del vendedor, por haber cometido exactamente la misma infracción, tiene que quedarse sin comer una semana. El castigo no es equitativo. ¿Por qué los pobres tienen que sufrir multas diez veces más elevadas que los ricos? Y en este caso no existe el defecto técnico de comprobación del coito anal aludido por el senador americano, porque muy fácilmente se podrían poner multas proporcionales a la categoría del coche, a su potencia, o a su antigüedad. Esta regla de sanciones proporcionales se aplica en muchas prácticas jurídicas, las fianzas judiciales por ejemplo, o las condenas a subsidios familiares.

La regulación sobre los coches, que ya se han convertido en herramientas inevitables para la vida, es

absurda e injusta por eso sostengo que estoy eximido de su cumplimiento aunque no tenga dinero para comprarme un coche con una guantera más grande para guardar más multas.

## CON Ñ DE COÑO Y CH DE CHUCHA

En la guardería cantábamos a coro: "... O, P, Q, R, RR, S, T...". La RR estaba incluida como letra independiente, no sé si por exigencias del filólogo que escribió el silabario o porque las viejitas alemanas, que no sabían pronunciarla, se empeñaban en que la aprendiéramos, no fuera a ser que saliéramos del *Kindergarten* pronunciando como ellas, como alemanes.

Puestos a inventar inventamos de todo, hasta letras del abecedario. A las veintiséis letras del alfabeto universal le hemos añadido tres que consideramos españolas: la Ll, la Ch y la conflictiva Ñ. Esta última tiene además connotaciones patrióticas porque forma parte del nombre que se le da a la piel de toro donde vivimos y posiblemente muramos y del acervo de Sudamérica, donde muchos nacimos.

La cuestión está en si debieran eliminarse o no. A mí me alarmaría si al suprimirlas nos quedáramos sin letras para designar los órganos sexuales femeninos, tanto en España como en el Perú. Desde ese punto de vista muy personal, me parecen imprescindibles la eñe de coño y la che de chucha.

La culpa de estas reflexiones la tiene la informática que levantó una polémica sobre la conveniencia de incluir o no la Ñ en los ordenadores (polémica que curiosamente apasionó más en el Perú que en la propia España). La raíz estaba en un malentendido: en realidad se trataba sólo de la configuración del teclado porque los juegos de caracteres de los ordenadores permiten escribir hasta en katakana si uno se empeña. La Unión Europea reclamó que España contravenía la normativa sobre libre competencia al exigir que los

teclados importados contuvieran nuestra sonora Ñ. En un teclado europeo sin Ñ es necesario pulsar la N y añadirle una tilde, exactamente lo que hacemos cuando escribimos a mano. El signo se podría escribir de una forma u otra pero la polémica desaparecería con sólo derogar la celosa ley hispana ("muerto el perro se acabó la rabia") y que cada cual siga utilizando el teclado que más le guste para escribir coño.

Hay que reconocer que tener la letra Ñ en el teclado es ante todo una gran comodidad, por eso no sólo creo que sería conveniente mantenerla sino que debiéramos incluir también otras letras como por ejemplo la U con diéresis (que me parece haberla visto en alguna máquina de museo). La U y la N son las dos únicas letras que en castellano cambian de sonido o lo pierden dependiendo de cómo estén peinadas. Sería pues también conveniente que con una sólo tecla pudiéramos escribir la Ü y estoy seguro que los vendedores de antigüedades nos lo agradecerían infinitamente. Y ya de paso podríamos añadir al teclado la onomatopéyica Ch de chucha y la quejumbrosa Ll de llanto. Con estas simples modificaciones tendríamos un teclado verdaderamente español y elevaríamos nuestra velocidad de escritura en varias pulsaciones por minuto.

Sería pues perfectamente lógico que todas estas combinaciones de letras, tildes y diéresis figuraran en los teclados españoles (¿con qué derecho está la Ñ y no la Ch ni la Ll?) Sin embargo, no encuentro ninguna justificación para que existan como letras independientes en los diccionarios.

Ninguna de ellas es necesaria. El sonido RR corresponde a la doble R, al igual que el de LL corresponde a la doble L, y no por eso es considerada letra independiente (a pesar de lo que opinaran mis recordadas viejitas). El sonido de la CH es el de dos letras combinadas y el de la Ñ el de N con tilde.

El caso de la Ñ no es muy distinto que el de la LL. En su origen, también fue una letra repetida: la NN. Es posible que a finales de la Edad Media la doble NN ya se pronunciara con el sonido actual de la Ñ. La tilde no es otra cosa que un adorno que utilizaban los escribanos para indicar que suprimían la segunda N, de esta manera "sennor" pasó a ser "señor" y "danno" "daño", gracias a amanuenses seguramente deseosos de terminar su trabajo antes de las seis de la tarde. Lo mismo le hubiera podido ocurrir a la L o a la R repetida y a un sinnúmero de letras que se suprimían en los documentos antiguos. Los signos para abreviar palabras eliminando letras fueron muy frecuentes en la escritura de los siglos XI al XVII y el haber mantenido un trazo horizontal sobre la primera N (signo de abreviación de la época) no tiene porqué conferirle a la Ñ rango de letra independiente.

¿Cuál es la razón para que ocupen capítulo aparte en los diccionarios? Las palabras que empiezan por CH deberían clasificarse antes de las que empiezan por CI que es su lugar natural, como el de la LL es a continuación de la LK, porque son dígrafos pero no letras.<sup>1</sup>

Si abrimos el diccionario veremos que bajo la Ñ sólo existe una palabra de origen castellano: Ñoño = soso, de poca sustancia (palabra poco atractiva, de dudosa evolución como su propio nombre indica). Todo el resto del capítulo son palabras que han enriquecido el castellano desde lenguas locales mayormente indoamericanas como: Ñandú, Ñaña, Ñato, Ñeque, Ñisca, Ñufla o Ñuto. Las palabras nuevas amplían el idioma pero las letras que se utilizan para representarlas son una convención que evoluciona. Curiosamente en las lenguas americanas, ricas en el uso del

---

<sup>1</sup> La real Academia Española (RAE) en 1996 aceptó clasificar la CH dentro de la C en el lugar que le corresponde, pero aún hoy, año 2009, no ha admitido suprimirla del alfabeto.

fonema Ñ, las bonitas palabras quechuas "Ñacapayay" (maldecir), "Ñañichiy" (tranquilizar) o "Ñuñucuy" (mamar), se escriben también (de rebote) utilizando la eñe castellana. La Ñ lógicamente no es americana, ni española, simplemente no es letra, representa, como hemos dicho, la doble N donde la segunda ha sido suprimida, circunstancia que se indicaba con una tilde sobre la primera.

Mantener las letras Ch, Ll o Ñ es como si los británicos quisieran incorporar a su alfabeto la Ph (para que foto no suene "poto") los franceses la Gn, los portugueses la Lh y los catalanes la Ny, es decir, incorporar como letras independientes los sonidos que estas adquieren al combinarse. Si continuamos con el mismo razonamiento los mexicanos podrían reclamar legítimamente una letra adicional para expresar el sonido Tl y poder escribir más fácilmente "Tlalnepantla" o "Tenochtitlán". En esto creo que los mexicanos tendrían razón.

Los signos Ch, Ll y Ñ no hacen otra cosa que entorpecer las clasificaciones de todos los documentalistas y bibliotecarios de habla castellana; si los quitamos de los abecedarios y los añadimos en los teclados de todos los artilugios de escritura habremos ganado en facilidad sin perder ni un pelo del (término) coño o chucha. No debemos exagerar inventándonos signos nuevos porque allí están los chinos que han terminado identificando palabras enteras con uno sólo y ahora no hay dios que los entienda. De lo que se trata ahora es de simplificar el idioma hablado por quinientos millones de personas para hacerlo universal en la nueva máquina de Gutenberg del ciberespacio.

## MÚSICA CELESTIAL

Tengo tan mal oído que de chico no me dejaban cantar ni el "Happy birthday" en los cumpleaños infantiles. "El gringuito que se calle, por favor", decía la madre del agasajado, "que va a aguarle la fiesta a mi hijo".

Yo enmudecía con bastante resignación poniéndome colorado. Posteriormente tuve innumerables ocasiones para avergonzarme de mi incapacidad para distinguir las notas; quizá la más humillante fue cuando un sargento de artillería me mandó callar entre seiscientos reclutas pre-militares cantando el himno nacional: "¡Traseñí...! ¡Cállese!". Y yo me puse firme sacando pecho y estirando las mangas de mi uniforme "Texoro".

Mi trauma musical llegó a ser tan importante que la música no sólo dejó de gustarme sino que me irrita y cuando subo por los ascensores con hilo musical pienso que algunos compositores no han escrito sus obras para deleitar al mundo sino para "sacarme cachita" a mí, sobre todo los clásicos. Siento que invaden mis espacios interiores y agitan mi revuelto espíritu. A los modernos siempre los he visto como unos señores/as que se empeñan en desgañitarse rodeados de una serie de aparatos ruidosos. Sólo soporto las bandas de las plazas de toros porque más que por los oídos entran por los poros.

Sin embargo no puedo negar que una de mis únicas satisfacciones musicales ocurrió poco después de mi llegada a España. Por la radio estaban retransmitiendo el concierto de primero de año de Viena y nada más empezar la música dije categórico: "Es la marcha Radiescky" dejando asombrados a todos los compañeros conocedores

de mi mal oído. En realidad no tenía mucho mérito porque la había escuchado durante seis años todos los domingos en los "desayunos musicales" del colegio. El hermano García la lanzaban al patio, después de la misa obligatoria, por unos horrendos altavoces, mientras los alumnos bebíamos en botellas de "Crush" un chocolate caliente con sabor a ladrillo y un "chancay" con granos de ajonjolí. Creo que es la única vez que he quedado bien en el tema musical y quién me lo iba a decir a mí, gracias a las costumbres de un colegio jesuita que tuvo el triste honor de educar a una generación de puteros.

Ya en esa época había dejado de ir a misa y me las ingeniaba para aparecerme sólo a la hora del desayuno, pero no porque hubiera perdido la fe en Dios, sino simplemente porque encontraba que las iglesias estaban mal ventiladas. Me agobiaba el aire viciado de las naves, el calor, la aglomeración de los cuerpos. Llegué a sospechar que los curas lo hacían aposta, que en el noviciado les daban instrucciones precisas para incomodar al público, para convertir las iglesias en infiernos de sudor e incienso ante una Inmaculada siempre fresca en los altares abriendo las puertas del cielo. Durante el interminable sermón a ventana cerrada, el mundo se debatía entre el Infierno y el Paraíso; la Tierra se quedaba fuera, se convertía sólo en el lugar donde se cometen los pecados. Por eso de niño creía que las puertas del Edén se encontraban detrás del altar mayor de las catedrales, allí debían estar las escaleras larguísimas que conducían directamente al despacho con aire acondicionado de san Pedro. Sin embargo, el día que intenté comprobarlo un cura gordo, recién llegado de Pamplona, que yo no conocía de nada me sacó de detrás de la Inmaculada cogiéndome por las orejas.

-¡Se estaba orinando el jodío niño!

## LAS MOMIAS Y MI PROFESORA

Los publicistas sostienen que una imagen vale por mil palabras, cuando los poetas creen que es exactamente lo contrario. La opinión de los publicistas puede ser cierta sólo en determinadas ocasiones, como yo pude comprobar en cierta ocasión.

Todo enamorado sabe que una sólo palabra de la mujer querida, aunque sea por teléfono móvil, vale más que mil fotografías suyas. El cine confirma al amante y rebate ampliamente al publicista: no conozco página de la literatura que esté representada por una buena imagen en la pantalla, hacen falta muchas secuencias, *flash back* y *travellings* para obtener algo similar a lo escrito. Alguna vez tenían que tener razón los poetas. Pero no siempre.

Sin embargo, yo no reniego de mi vocación frustrada de pintor. Es más, trato de escribir como si pintara: por sucesivas aproximaciones, hasta conseguir el monigote "cuasiliterario" que pretendo. Lo normal es que me pase lo mismo que a la mayoría de los artistas: que el resultado no tenga mucho que ver con el fin propuesto.

Siendo yo muy niño intenté aprender a pintar. Iba en bicicleta todos los sábados, a la hora de la siesta, al estudio de una pintora. Su casa quedaba al lado de las ruinas funerarias incas de Miraflores, la llamada "Huaca Juliana". Rodeaba pedaleando la arqueológica tierra por una vereda lateral y dejaba la bicicleta ante la puerta de su casa apoyada en la reja del jardín. Ella me recibía siempre alegre, en pantalones ajustados y holgadas blusas de seda. Desde el primer día me dijo, riéndose, que la llamara Susana. Entrábamos a su estudio cruzando por el dormitorio donde

su cama daba la impresión que no se hubiera deshecho nunca, se veía como un cuadro de Matisse pintado en la pared del fondo, cubierta con un edredón de alpaca blanca. Por la ventana, entre cortinas de flores, asomaba una ladera del monte de tierra caliza que ocultaba la misteriosa ruina, surcada de senderos hollados por perros vagabundos y por los escasos transeúntes del barrio que cortaban camino pasando por encima de los restos arqueológicos.

Pintábamos (yo más bien me ensuciaba los dedos con carboncillo) en un cuarto que recibía la luz desde un patio lleno de geranios. Las creaciones de mi profesora, colgadas de las paredes, se mezclaban con las macetas de flores y las reproducciones de obras de grandes artistas. En ese ambiente de imágenes bohemias (daba la impresión que el río Sena cruzara del baño a la terraza) yo asociaba involuntariamente su pintura a mi sexualidad. La mancha púbrica de la mujer desnuda de Modigliani, que reposaba encima de la puerta, y la marfileña piel de las mujeres del incomprendido Manet, me producían una especie de borrachera erótica difícilmente superable a esas horas cálidas del día.

Cuando mi profesora destapaba los tubos plateados de pinturas y la tarde se llenaba de olor a óleo fresco, yo adivinaba sus tibios senos bajo los dibujos geométricos de su blusa, parecidos a sus lienzos, que cubrían un mundo supuestamente redondo y lleno de placer. En el estudio aprendía a dibujar bodegones que ella componía delicadamente, agachándose con coquetería y dejándome ver sus macizas pantorrillas fácilmente confundibles con las de las tahitianas de Gauguin que se bañaban en el pasillo.

Pero cuando regresaba en mi bicicleta a la rutina de mi casa me apartaba de los conocimientos académicos recién adquiridos, me olvidaba de bodegones y naturalezas muertas, para pintar con los restos que quedaban en los tubos

gastados, que ella me regalaba, oníricas fantasías en pequeñísimas cartulinas.

En materia de arte Susana no pudo enseñarme demasiado. A mí me hubiera gustado llegar a dibujar escenas taurinas como mi amigo Constantino, el gasolinero, pero en su estudio no pasé de esbozar naturalezas muy muertas. Sin embargo, aquellas tardes también me ayudaron a iniciarme en la interpretación del mundo que me rodeaba. No lo sabía hacer con imágenes al carbón, pero sospechaba que con las mil palabras no escritas me podría resultar más fácil.

Durante unos meses persistí en el dibujo, en armonía silenciosa, al lado de mi joven profesora y también pintando solitariamente en mi casa mis cuadros al óleo diminutos. Los carbones eran malos y ella no me lo decía para no desanimarme, pero mis primeras miniaturas, que nunca vio, las que pintaba secretamente en mi casa y no me atrevía a mostrarle, seguro que valían más de mil palabras, eran párrafos gráficos que formaban parte de los sueños sexuales que ella protagonizaba sin saberlo como las mejores actrices italianas (las dos Silvanas; luego vendrían a superarlas Gina y Sofía) y que desgraciadamente terminaban en pesadillas de frustración, donde las momias de la "huaca" envueltas en tocuyos y arpilleras se incorporaban de las fosas para introducirse en sus lienzos, deshaciendo definitivamente su hermosa cama de alpaca y soltando bruscamente los botones de su blusa para liberar unos pezones que chorreaban rojos bermellones, azules cobaltos y amarillos magentas de los cuadros de Matisse. En mi subconsciente se establecía una desconocida relación entre la muerte y el sexo, que yo intentaba combatir pintando más cuadritos escabrosos.

Un día, estando sentado ante el caballete, mientras ella intentaba corregir las líneas de mis retocados dibujos de carbón, sentí el roce involuntario de sus brazos. Aún no me había repuesto de la casi eléctrica sensación cuando la piel se

me erizó nuevamente reaccionando al peso suave de uno de sus senos sobre mi hombro derecho y a la imperceptible brisa que formaba su aliento en mi oído. Pensé que era la ocasión para confesarle la irreprimible atracción que sentía hacia ella y levanté la cara dejándome embargar por su desodorante y la visión de sus axilas. En ese momento, que ya había empezado a pronunciar la primera gran cojudez que iba a decir en mi vida, se materializó de golpe una de mis peores pesadillas pictóricas: apareció, por la ventana que daba a la "Huaca Juliana", entre las cortinas de flores, un bulto humano con apariencia de fardo arqueológico, del que no podía descubrir ni edad ni sexo, pero que demostraba estar vivo porque había saltado al dormitorio arrastrando con dificultad un costal de tocuyo polvoriento. Susana se agachó aún más sobre mí, como para protegerme, haciendo reposar su otro seno sobre mi cuello. El jadeante ser cruzó la habitación, imitando mis pesadillas, desbarató a su paso el edredón de alpaca, enfiló por el pasillo a empellones, tirando al Sena a las bellísimas tahitianas, hasta salir corriendo por la puerta principal. Nunca pude saber si se trataba de un "huaquero" (sorprendido *in fraganti* robando "huacos", que huía a través de la casa de mi deseada profesora) o si había sido la momia burlona de una de mis antepasadas resucitada para impedir mi primera declaración de amor. El único detalle que recuerdo con precisión es que en su huida se llevó mi bicicleta nueva.

Pero mi profesora de pintura me recompensó con creces, me llevó a su cama, que alisó rápidamente con gesto femenino, me abrazó con cariño y me tuvo unos instantes rodeándome fuertemente con sus brazos de vello rubio, como consolando a un niño asustado. Yo hundí entonces mi nariz entre sus senos y descubrí que sus pezones no chorreaban pinturas de colores como yo suponía, sino que oían a guindas en almíbar y tenían la consistencia de

ciruelas maduras. Al retirar mi cara, no pude decir nada ante la sorpresa de encontrar su blusa, como en mis sueños, totalmente abierta y poder contemplar a placer la piel oculta de sus senos. Si hubiera tenido conmigo uno de los cuadritos que pintaba secretamente en mi casa, en lugar de hablar, se lo hubiera ofrecido, porque en momentos de turbación como ese estoy seguro que una imagen vale por más de mil palabras. Y una caricia, como comprobé entonces, mucho más.

## MI TÍA AREOPAGITA LA LISURIENTA

En ningún sitio he visto insultar con tanta precisión como lo hacen las mujeres en Lima. He tenido muchas ocasiones para analizar (en algunos casos como víctima) sus agudos calificativos y sacado algunas conclusiones.

Así, donde yo sólo veo "cojudazos" (término de difícil interpretación que en España podría corresponder a "gilipollas" con todas las salvedades del caso) ellas pueden matizar distinguiendo entre innumerables tipos y categorías de cojudos. Sofocleto (filósofo del humor) nos documentó sobre los cojudos en un tratado donde nos prevenía hasta de las formas de contagio, pero en cuanto a las variedades del género estoy seguro que mi tía Areopagita, la lisurienta, que se llamaba así en honor a un mártir como ella, podría añadir una buena cantidad de tipos nuevos a su relación. Que yo recuerde y sin ánimo de agotarlos, pueden ser:

Bellocarmelos, Mequetrefes y Pitrimitris, Cagabombos, Cagarrisas y Cagadijes, Meaculpas y Orinapilas, Bellacos, Pisaverdes y Comesopas, Mentecatos, Caribobos y Cachaburras, Candelejones, Ovicastros, Majaderos y Huachaflojas, Cuentapasos, Huatiqueros y Catapichas y ya por último una especie genérica que no se extingue, que es la de los "Cojudos a la vela"; incluye algunos de los nombrados pero con la característica adicional de ser pertinaces y autosuficientes, que de todo hay en la viña del Señor y en el extranjero (porque algunos viajamos).

Seguro que me olvido de muchos de entre mis mejores amigos pero sirvan de ejemplo los mencionados.

Lo primero que hay que advertir es que no se puede uno engañar con la categoría del individuo. La cojudez es

independiente del valor intrínseco de la persona. Se puede ser un gran escritor, político o abogado, pero cojudo en cualquiera de sus matizaciones. La cojudez no les impide desempeñar altos cargos.

Rafael Alberti escribió algunos poemas burlescos a cinco ilustres cojudos americanos, todos ellos presidentes de sus respectivas repúblicas, a los que denominó "Destacagados" inventando de esta manera una nueva variedad poética de cojudos.

En el ámbito de la literatura peruana hubo uno ilustre; que nos precedió a todos los que vivimos en España, considerado tan español como peruano: Felipe Sassone. Polifacéticamente apasionado, Sassone fue un cojudo simpático. Sería injusto encuadrarlo únicamente entre los huatiqueros cagadijes, porque además de prolífico escritor de cuidada prosa fue torero, tenor, donjuan y dramaturgo. Fernando Iwasaki, en su "Descubrimiento de España", indica que escribió nada menos que cuarentiocho obras teatrales (todas ellas representadas en teatros de Madrid y Buenos Aires) y veinticinco novelas, sin contar tratados taurinos, ensayos y memorias. (Fue el Alfonso Paso de la preguerra). Nada de esto le impidió durante la república española lanzar cojudeces de este tipo:

***Todos en el mundo quieren ser fascistas. Lo quieren inconscientemente hasta los que se empeñan en negarlo y combatirlo, porque, al fin y a la postre, todos, con excepción de los anarquistas, se vuelven al Estado y lo consideran su padre y su providencia. Sólo el individualista dice para sí, como Luis XIV: "El Estado soy yo"; pero es el pueblo el que, por haber entrado en el Estado, puede decir: "El Estado soy yo", cuando todo sea pueblo, porque pueblo quiere decir Nación, Patria, Estado. Esto sólo puede decirlo el pueblo fascista.***

("España, Madre Nuestra", pág. 166).

Sassone fue un cojudo longevo, yo alcancé a conocerlo, cuando ya no usaba monóculo, la noche de “Fiestas Patrias” que se cayó a la fuente de la embajada del Perú en Madrid. Gerardo Diego, que había hablado momentos antes con él, no se percató del accidente o se hizo el distraído y permaneció ensimismado al lado de una ventana. El anciano escritor peruano, después de la húmeda sentada, continuó tomando su whisky, con unos pantalones enormes prestados por el embajador Cisneros, sin perder un ápice de su dignidad de cojudo.

En esa fiesta, que celebrábamos un veintiocho de julio, a los estudiantes tuvieron que encerrarnos en una especie de patio de lunas para que no causáramos más destrozos en el mobiliario de la embajada y nos tiraban las bandejas de arroz con pato desde una escalera; pero se negaban a darnos más bebida, no sé si porque nos la habíamos tomado toda (con la ayuda de Felipe Sassone por supuesto) o porque pensaban que si seguíamos bebiendo no nos podrían sacar con vida de ese agujero.

Los que intentamos escribir novelas sabemos que nos podemos considerar claramente dentro del género de los bellacos, no en su acepción académica, por supuesto, sino en la que le escuchaba a mi tía Areopagita: es el cojudo que pretende imponer su mundillo personal a los demás. Bellaco es pues casi todo el mundo en distintos grados. La política y la literatura entera está impregnada de culta bellaquería, pero entre todos los contemporáneos que han pasado por estas tierras de María Santísima, el ejemplo de bellaco cagarrisas más claro o preclaro lo tenemos sin lugar a dudas en el escritor peruano de ascendencia británica Alfredo Price del Penique (Penique por parte de madre) hijo de uno de los más grandes usureros que ha habido en Lima.

Price se ha ido superando a sí mismo en cada una de sus obras, desde sus primeras experiencias infantiles que

escribió seguramente cuando tenía diez o doce años y le publicaron mucho después, pasando por una especie de memorias que en un alarde de originalidad subtuló "*Antimemorias*", hasta su última creación donde recoge las cojudeces que se le ocurrían en un colegio inglés al que acudía en taxi con chaqueta y gorrita roja.

Muchos de los hallazgos literarios de su última obra titulada "*Mejor no vuelvas en abril*" son bromas sacadas de las películas españolas de los años 50 puestas en boca de sus privilegiados compañeros. Pero lo que es inaguantable es que pretenda contarnos el chiste de "Vivo sin vivir en mí... la gallina", que es más viejo que mear en pared de barro, ambientado en un aburrido colegio anglo-chosicano.

El Perú de Price huele demasiado a Kenia, a literatura de colonia anglosajona. Su mundo es el de una familia británica encerrada en las pequeñas miserias de un padre que se empeña en mantener las costumbres inglesas. La propia homosexualidad paterna es muy británica, discreta, elegante y perversa: le gustaban sobre todo los niños. Se cuenta que en sus prolongadas estancias en Londres se vestía de *lord* con bombín y paraguas y se dedicaba a perseguir por las calles de la *City* a todo el que veía bajito, hasta que sucedió el desdichado y nunca desvelado incidente con los enanos del Circo Ruso que le costó tantos disgustos a la familia y tanto dinero a su banco. Lo que le indignaba al conocido *gentlemen* es que la traducción al español de su delito era "pedofilia" cuando él sostenía no tener flato y haber recibido una educación muy británica, la misma que quería para Alfredito en el colegio St. Paul. Son malas pasadas que a veces nos juega el idioma.

Un mundo así, visto por un escritor en ciernes, desde las ventanas de una casa de la avenida Salaverry de Lima, es como si a mi tía Areopagita la lisurienta la pusieran a transmitir por la radio un cónclave para la elección de un

nuevo Papa: grotesco y anacrónico. Pero describiendo a los cardenales mi tía podría resultar hasta más graciosa que la literatura-basura de Price.

**PÁGINA DEJADA INTENCIONALMENTE EN  
BLANCO PARA QUE EL LECTOR HAGA LAS  
ANOTACIONES QUE CREA OPORTUNAS O  
PEGUE LA FOTO DE MI TIA AREOPAGITA**

## LA ESPAÑA QUE AÚN NO CONOCÍA

*En literatura hay también dos Españas,  
la culteranista de Góngora y la auténtica de Quevedo.  
L. Tamaral.*

El Perú tuvo menos suerte que México. Dividida España en dos mitades después de la guerra civil (en cuanto a su población y no en cuanto a su territorio como Alemania) al Perú nos tocó la España Franquista que por extensión fue Trujillista, Batista, Peronista y Pinochetista. Es decir, la "Madre Patria" ceremoniosa y autoritaria. En cambio, a México fue gran parte de la España republicana. Siempre hemos tenido peor suerte que los aztecas, desde la conquista.

Al Perú llegaban casi exclusivamente curas del régimen oficial, con honrosas excepciones, como Corpus Barga y Edmundo Barbero. ("País de orinapilas" diría mi tía Areopagita). Educadores que obtuvieron cierto éxito en conseguir prosélitos peruanos y hacían que nos bañáramos en la piscina con camiseta. Transferían a América sin proponérselo todos los nuevos tópicos hispanos y los cojudos de mis amigos que se metieron al seminario en Lima, lo hicieron igual que en Madrid o Pamplona, por temor al infierno, a Rusia y a la libertad.

Nuestra educación religiosa estaba llena de primeros viernes con desayunos musicales para exorcizar comunistas, masones y matacuras. La moral se refería casi exclusivamente al sexo opuesto, esos seres desconocidos que olían bien y que nosotros íbamos a conocer a los burdeles del jirón Huatica (porque nuestras amigas y hermanas no tenían sexo, por supuesto). El único colegio mixto que recuerdo de Lima era uno alemán, o sea raro, como diría el humorista Gila.

Algunos de los que vinieron a estudiar a España, regresaron rápidamente al Perú decepcionados, pero el resto descubría la otra España y en la primera carta a su familia decían: "Mamá, la Madre Patria es de Puta Madre". Comprobábamos que el humor español, su filosofía de la vida, no tenía nada que ver con la inflexibilidad de carácter y la intolerancia que habíamos respirado en el colegio, advertíamos que ni siquiera hablaban con la voz impostada de nuestros profesores. ¿De dónde habían salido pues nuestros rígidos educadores españoles? ¿Eran extraterrestres disfrazados como sostenía el más gordo de la clase?

Los religiosos que conocí en España eran distintos. Uno de los primeros días que pasé en una residencia en El Escorial (al lado del jardín que inspiró una novela de Azaña) tocaron a mi puerta. Era el fraile que estaba de guardia esa noche. Abrí temiendo que me fuera a echar una bronca por tener la luz encendida hasta tan tarde o haber enchufado un "infiernillo" propio, pero me preguntó titubeando:

-Leopoldo ¿tienes un pitillo?

Un marciano disfrazado jamás me pediría un cigarrillo a escondidas. Fue el mismo cura que, compadecido de mi soledad de extranjero en Navidades en la residencia vacía, me dejó una grabadora para que me entretuviera y se convirtió involuntariamente en el causante remoto de este libro, ya que en ella grabé mis primeras cojudeces; desgraciadamente me olvidé de borrarlas cuando le devolví el aparato y fue el motivo por el que no me admitieron en la residencia al curso siguiente, como más adelante trataré de explicar.

Lo extraordinario es que coexistieran las dos sociedades, la tolerante y la de guardias que le ponían multas a las parejas que se besaban en los parques, de serenos-espías que te abrían la puerta cuando volvías tarde a casa, de soplones que vigilaban las conversaciones en la universidad,

de censores que mutilaban las películas y confiscaban la prensa extranjera.

Viviendo ya en una pensión de Madrid me ofrecí al diario Expreso de Lima para enviarle crónicas con mis reflexiones sobre lo que observaba en España. Aceptaron mi propuesta entusiasmados sabiendo que no me iban a pagar. Dos o tres meses después de empezar a colaborar con el diario limeño me llamaron por teléfono desde la otra España, desde el ministerio de Información y Turismo (regido por el ministro Manuel Fraga). Una de mis primeras colaboraciones trataba del reciente nombramiento del general Muñoz Grandes como vicepresidente del gobierno español. Teniendo en cuenta que Franco asumía la jefatura del Estado y la presidencia del gobierno, yo me preguntaba (en mi calidad de estudiante de derecho que era) si este nombramiento aseguraba una presidencia vitalicia ya que, en caso de morir el Generalísimo (Caudillo de España por la Gracia de Dios) Muñoz Grandes la asumiría por tiempo indefinido. El diario peruano juzgó interesante la noticia y publicó mi columna en la página editorial. Yo ya había olvidado la crónica cuando la voz del teléfono me la hizo recordar: "¿Quién es usted para dar su opinión sobre el gobierno español? Usted está aquí como estudiante y no como periodista, si continúa colaborando con diarios extranjeros nos veremos obligados a denegarle su permiso de residencia". Eran los tentáculos transocénicos de la censura.

Mi casera, viuda desde la guerra (pero nunca me dijo en qué bando peleó su marido) que me quería mucho, me preguntó un poco asustada: "¿No se habrá metido usted en un lío, no?". "No, simplemente acaban de truncar mi brillante carrera periodística, mala suerte", le respondí.

La España a dos niveles, la oficial y la tolerada, se podía reconocer hasta en las cosas más pintorescas, a veces conviviendo en la misma calle. Al final de la Gran Vía

existía el bar de "Perico Chicote", propiedad del mayor alcahuete de la posguerra. Yo lo conocí en plena decadencia: el local, los camareros y las prostitutas habían envejecido juntos. El dueño era una especie de momia jocosa que salía a la calle a recibir a personalidades y enseñarles su museo de bebidas. Detrás de sus gruesas cortinas las mujeres maduras hablaban de su pasado esplendoroso. En los años 60 seguía abriendo para sus escasos clientes de bastón y sombrero que continuaban fieles a sus ideas políticas y a sus costumbres sexuales y trataban de usted a las prostitutas.

Al frente había otro bar de similares características (bastante más barato, si bien es cierto) con mesitas en la terraza, donde se sentaban turistas desprevenidos, llamado "El Abra" que no sólo no gozaba de los favores y fervores oficiales sino que quebró. Tal vez la clientela nocturna, peor alimentada, se le fue muriendo más rápido que a Chicote o más probablemente, porque la penicilina que don Pedro se hacía traer de contrabando (había mucha sífilis en esa época en Madrid) no alcanzaba para curar a las pupilas de la competencia y contagiaban a sus parroquianos. Sin embargo, a don Pedro Chicote, en agradecimiento a los servicios prestados ¡le concedieron la Medalla al Mérito en el Trabajo!

Más profunda era la España de "El Palmera" en los sótanos de la Glorieta de Quevedo. Local donde a altas horas de la madrugada a las mujeres les olía el sexo a jabón Camacho y tabaco negro. Allí el rey era "Pata'epalo", que valseaba utilizando su prótesis casera como eje para sus rítmicos giros:

-Usted perdone, caballero, yo soy un mutilado de guerra.

Pata'epalo sabía lo que decía. Los "cojos de mierda" sin derecho a pensión eran los que habían luchado en el bando republicano. Las dos Españas se mezclaban en el subsuelo de Madrid.

## LA REINA DE SABA Y YO

El año que murió Tyrone Power iniciaba yo mis estudios de Derecho en la universidad María Cristina de El Escorial. Desde la ventana de mi habitación dominaba la lonja del monasterio donde una mañana las caravanas de los actores, que rodarían una famosa película, irrumpieron en el crudo invierno. Teóricamente, en una de ellas, venía Gina Lollobrigida caracterizada de reina de Saba. Algunos compañeros y yo dimos vueltas alrededor de esos *trailer* enormes, jalados por lujosos automóviles, como de gitanos ricos, con la esperanza de reconocer a la famosa actriz de momento sólo superada en belleza por las dos Silvanas (indiscutibles). Yo "aguaitaba" (del inglés "awaiting") por cada rendija hasta que creí detectar una fragancia que bien podía provenir de la cuidada piel de la italiana, pero los policías municipales hicieron que se apartara el público ya numeroso alrededor de los modernos carrmatos y no me dio tiempo a verificar mi oloroso descubrimiento. Medio pueblo, los estudiantes más cojudos de la universidad y algún que otro fraile aguantamos toda la mañana con los pies helados por ver cómo metían por las galerías monacales los reflectores, bobinas y cámaras para rodar la película.

Esperamos expectantes como si tuviera que ocurrir algo asombroso entre toda esa gente que se bajaba de los coches hablando en un inglés que la Chelito (la guía más joven del monasterio y causante de nuestras románticas calenturas invernales) se negaba sádicamente a traducirnos. Inesperadamente, a algunos nos propusieron participar como extras en el rodaje a cambio de cien pesetas diarias. Así fue como me disfrazaron de cojudo histórico en sandalias,

espadón y taparrabos y aguardé en postura egipcia la orden de entrar gritando, con otros cientos de cojudos como yo, a un patio donde supuestamente "Salomón Power" se batía a brazo partido por la reina de Saba. Nuestra sorpresa fue grande cuando recibimos la orden contraria: de que nos calláramos y dejáramos de jugar con las espadas, porque el hijo de David cinematográfico se había desmayado.

La última vez que yo había tenido la oportunidad de estar cerca de artistas famosos había ocurrido varios años antes en Lima, cuando fui llevado de la mano y muerto de vergüenza, por la muchacha de mi casa, Irene, al coliseo Sandía a ver a Pedro Infante. El local era como una plaza de toros cubierto por una carpa de circo donde grupos folclóricos cantaban y bailaban huaynitos hasta el desfallecimiento; por la noche, en el mismo recinto sin barrer se celebraban peleas de gallos. Cuando hizo su aparición el actor mexicano, vestido de charro, el coliseo se remeció como si hubieran descargado varias toneladas de piedras en los graderíos y luego se hizo un silencio total donde hasta los niños a la espalda de los ponchos se callaron no sé si para escucharlo o a causa del calor y el humo de cigarro del ambiente.

La aparición de Gina en la lonja escurialense me produjo parecida emoción, iba ataviada como John Ford imaginaba que había sido la reina de Saba y la encontré más parecida que nunca a la mejor prostituta de los apartamentos Leuro que con toda razón llamábamos la "Lollo". Me convencí que estaba presenciando la gestación de una obra que si bien no nos acercaría a la sabiduría de Salomón, nos mostraría al menos una sesión de verdadero cine americano, es decir, una secuencia de imágenes tan bellas e inútiles como los móviles de Calder, sin ningún contenido.

La literatura tampoco es mucho más que un conjunto de frases ingeniosas que incorporamos a nuestra realidad

para que nos ayuden a vivir. Por el contrario, lo que considero verdaderamente trascendente, es el cuerpo perfumado y envuelto en sedas levíticas de la actriz italiana, causante de que todo un plantel escolar se volcara esa noche en prácticas masturbatorias.

Desde mi privilegiado puesto de guardia del templo Salomónico pude escuchar que Tyrone Power había al fin sucumbido con la espada en la mano en uno de los patios interiores del monasterio, pero sucumbido de verdad, se estaba muriendo, víctima de un infarto. Los guerreros decepcionados se quitaban las corazas sin disimulo, las ninfas cubrían sus túnicas de seda con abrigos comprados en Galerías Preciados y los sacerdotes del templo sacaban los paquetes de "Chesterfield" para fumar sin recato.

Abandoné mi puesto de guardia extra, devolví la espada y las sandalias, recuperé mis pantalones y comprobé que la caravana de Gina Lollobrigida había iniciado el camino de regreso hacia Madrid. A su paso cayó una intensa nevada, dejándonos a los extras en un pétreo y asexuado invierno.

La película "Salomón y la reina de Saba" se rodaría más tarde en otra parte, sustituyendo al actor muerto por Yul Brinner; pero cuando la vi proyectada en un cine de barrio de Madrid, constaté que no tenía nada que ver con lo que sentí el día que pasamos tanto frío la reina de Saba y yo en el templo de Salomón. El año que nos abandonó Tyrone Power, recibimos a cambio, la aclamada visita de Eisenhower y triunfó la revolución castrista en Cuba. Todo no podía ser malo.

## TOPO

*“Mamífero insectívoro de pelo negro,  
de ojos pequeños que vive en galerías”.*

En la universidad María Cristina de El Escorial, al lado de "El jardín de los frailes", adquirí el convencimiento que el ex alumno Manuel Azaña, presidente de la II República española y autor de la novela autobiográfica titulada de la misma manera que el jardín, había sido un ser deforme, física y espiritualmente, un monstruo anacrónico como el celacanto aparecido en las playas de Almería y que algunos mal intencionados confundieron con una bomba atómica caída de un avión de la base norteamericana (¿o fue al revés?).

Al curso siguiente, en Sevilla, un compañero me enseñó una foto del político republicano y mi sorpresa fue enorme al descubrir que tenía el aspecto típico de los que mi tía Areopagita llamaba "personas decentes" y hasta seguro que le hubiera atraído un poco porque a ella le gustaban los hombres maduros, de cara rellena, papada incipiente y párpados caídos, que yo creí descubrir en la fotografía de Azaña.

-Este monstruo tiene cara de buena persona- dije yo.

-¿Este qué?- me preguntó extrañadísimo el compañero que me mostraba con cautela su precioso álbum de recortes de periódico de la II República.

La meseta castellana y sus aledaños, como los procelosos mares precolombinos, se había llenado después de la guerra de monstruos considerados peligrosos que cuando eran de sexo femenino resultaban aún más inquietantes: como aquella señora que volvió a España

después de haber luchado durante medio siglo de exilio por la justicia social: Dolores Ibarruri, la "Pasionaria" y descubrimos que no tenía cara de bruja. Desde la España del ABC o desde el boletín oficial de noticias (que no dejaba de ser un parte de guerra atrasado) común a las escasas emisoras, los intentaban conjurar con extraños discursos religiosos.

Con algunos monstruos se podía convivir, porque ya habían pagado su delito. Era el caso del guarda-enfermero tuerto de la universidad de El Escorial, un gigantesco asturiano, del que se contaba que fue ahorcado en un árbol y se salvó al romperse la rama debido a su enorme peso, pero no pudo evitar que se le saltara un ojo en la fallida ejecución. A pesar de todo logró llegar andando con el ojo en la mano, como si llevara un huevo duro, hasta el vecino pueblo de Valdemorillo, donde inicialmente lo recibieron a pedradas. Otros perseguidos no habían tenido tanta suerte y se escondieron para convertirse en "topos".

El año 1959 tuve ocasión de ver uno, un "topo". Lo vi agonizante en la calle del cine. Pertenecía a la familia de los "topos rojos", especie en extinción en esa época en la que quedaban ocultos algunos ejemplares. Había vivido los últimos veinte años como resistían los "topos", entre mantas, en la buhardilla de una casa en la parte alta del pueblo del monasterio de Felipe II. Cuidado y alimentado por su mujer, a través de una trampilla del techo. Sus hijos, casados ya y con prole, se habían criado bajo sus inútiles pies ignorando su existencia. Los nietos tampoco supieron que el abuelo era un "topo" que vivía en el tejado. Cualquier indiscreción infantil le hubiera costado la vida. Su mujer, astutamente, desviaba las investigaciones policiales enviándole fotos de los niños a Argentina, mientras los hacía jugar bajo la trampilla para que él, que no estaba en Buenos Aires sino a cinco metros de altura, los pudiera ver por las rendijas.

Acostumbrado hasta entonces a vivir sumergido en temperaturas ecuatoriales, suavizadas por las brisas costeras de un mar de perfil bajo, que me habían hecho fáciles mis primeros dieciocho años de vida en Lima (abusando del sol y del agua salada que muchos años después me pasarían factura), aquél invierno, en las faldas nevadas del monte Abanto me sentí totalmente indefenso ante la roca viva y gélida del monasterio imperial. Yo jamás había estado a temperaturas bajo cero y me parecía imposible que el cuerpo humano pudiera soportarlas, a pesar del alcohol ingerido para contrarrestarlas. Supongo que asustados por mis tiritonas mañaneras y ante el temor a que cayera enfermo de melancolía (o adquiriera el mismo mal de la piedra) los frailes me eximieron de asistir a clases y me recomendaban pasear por los pinares. En raras ocasiones subí por las sendas escurialenses hasta el sillar donde se dice que el monarca se sentaba a observar la construcción del monasterio. La mayoría de las veces prefería bajar a la cuadra de la Herrería a intoxicarme al lado de una estufa de carbón donde Avelino, el encargado de los caballos, maldecía y limpiaba las monturas.

Aún no se había aparecido la Virgen por esos prados, como ocurrió en los años de la transición, después de morir Franco, trayéndonos noticias desde el cielo perfectamente aplicables a la situación política española. En los años que yo viví por allí, no se producían milagros ni se convocaban elecciones. Era un campo serrano, agreste, lleno de historia y de "champas" de vacas y caballos.

Otras veces me encaminaba a los bares del pueblo, bastante menos fríos que el monasterio, en donde en lugar del ozono de los pinos mi desaclimatado organismo aprovechaba la levadura de la cerveza. Por ese motivo, fui el único de los estudiantes de la residencia que esa mañana de diciembre, en compañía del dueño del bar, el kiosquero y un

obrero que pintaba la fachada del cine, tuve el triste privilegio de ver al "topo rojo" reventado sobre los adoquines.

-Ha aparecido un "topo" muerto-. Dije durante el almuerzo en la residencia mientras me dedicaba a la imprescindible tarea de quitarle las moscas náufragas a la botella de vino.

Nadie respondió. Tuve la sensación que lo había dicho tan bajito que mis compañeros no habían alcanzado a oírlo. Sin embargo, semanas después, un alumno de los últimos cursos (aunque por su altura física y mental parecía un niño de primaria), hijo de un prestigioso militar del régimen, se me acercó para decirme:

-Tú ten cuidado con lo que cuentas.

-A ese no le pierdas ojo- me advirtieron mis amigos- que es más peligroso que una piraña en un bidé.

Fuera de las horas de clase, los estudiantes, estábamos obligados a permanecer recluidos en el pueblo toda la semana, incluso los domingos; el único que iba y volvía de Madrid en coche deportivo propio era Luis Angel de la Viuda que años después sería nombrado director del verticalmente sindical diario "Pueblo". Casi todos proveníamos de lugares distantes (aunque yo era el único sudamericano) la mayoría eran andaluces con los que congenié enseguida y no teníamos más remedio que agotar nuestro ocio en alguno de los bares de la calle principal. Entrábamos en calor jugándonos a los dados cualquier bebida alcohólica disponible, hasta el whisky nacional que empezaba a fabricarse en Segovia y no teníamos el menor reparo en servir de cobayas durante las largas y frías tardes que resbalaban por los muros monacales.

Algunas veces, tres o cuatro amigos hacíamos bolsa común y nos escapábamos en el único taxi del pueblo a Madrid. Volvíamos de madrugada después de haber pasado

revista a los bares de la Victoria y los burdeles de la Ballesta (en esa época aún no se les daba el sugerente nombre de "puticlubs"). La dificultad para entrar a la residencia por la galería de Convalecientes, sin ser descubiertos por el guarda superviviente (que tenía fama de haberse quedado insomne total de su único ojo y pasarse las noches cuidando sus canarios) era directamente proporcional al índice alcohólico de nuestra sangre.

En esas escapadas podía experimentar lo que representa el miedo a que te descubran, pero no me podía ni figurar lo que era un "escondido político", porque un topo era alguien que no había huido (porque no había querido o porque no había podido), que había permanecido entre los suyos como un muerto fingido. El topo se arriesgaba a que el aislamiento lo convirtiera en cucaracha gigante, como al personaje de "La metamorfosis" de Kafka, o lo volviera a matar, a rematarlo. El que yo vi en El Escorial había decidido poner fin a su espera, le faltaría aire en su covacha para conservar sus recuerdos. Desde su pequeño escondite de perdedor le había echado un pulso nada menos que al ganador de España. Como es lógico, volvió a perder, no pudo soportar su claustrofobia. Aquél día de otoño se asomó al pueblo por el granito gris, abriendo una nueva ventana con la cabeza, como las gárgolas satánicas de la basílica de san Lorenzo y con inesperada sensatez se dejó caer a la calle. Era como un pez surgido de las profundidades de la piedra exponiendo sus rasgas, casi transparentes, a la luz del Valle de los Caídos. Tardó en caer veinte años, para ser uno más de los caídos del otro lado. ¡Y hubiera tenido que soportar casi otros veinte para ganarle la partida al Caudillo! Es difícil resistir cuarenta años preso de sí mismo. Quizá lo sabía desde el principio y sospechaba que los dictadores normalmente son inmortales.

Cuando el padre Atilano o Aureliano (creo recordar que así se llamaba, sin ser colombiano sino más bien de la parte de Palencia) me prestó la grabadora esas Navidades sin calefacción, que pasé en solitario rodeado de nieve y de fantasmas imperiales por todas partes, no podía sospechar que yo, en pleno proceso de congelación de ideas, iba a cometer la tremenda cojudez de llenar el primitivo hilo magnético con la descripción y comentarios de la agonía del "topo rojo". Tenía entendido que los "monstruos republicanos" eran innumbrables por los españoles nacidos después de 1939, pero pensé que no habría inconveniente en registrarlos magnéticamente para la posteridad. Tampoco se permitía que sus lápidas figuraran en los llamados Campos Santos. El párroco le negó la tierra (el pan y la sal se la habían negado en vida) a ese último topo que tuve ocasión de ver y nuestro amigo el taxista se llevó su cadáver en el taxi de nuestras juergas a un cementerio civil que dicen que había en Madrid. El chofer volvió borracho, como cuando salía con nosotros.

No sé si fue entonces que decidí que el curso siguiente lo pasaría en una universidad menos fría, pero el acontecimiento influyó mucho en mi ánimo. Lo que resultó definitivo para mi marcha fue el error que cometió el padre Atilano o Aureliano meses después: estando en un fatídico almuerzo de confraternidad con distinguidos ex alumnos, en lugar de amenizar la velada con unas coplas de Juanito Valderrama como estaba previsto, puso una de las bobinas grabadas por mí que se quedaron en el aparato sin darme cuenta. Cuando retumbó mi voz de sudaca eternamente resfriado por los altavoces del comedor, narrando en detalle la muerte del innumbrable "topo rojo", hubo un desconcierto general, a un fraile novato se le atragantó hasta el flan que habían servido de postre y otro de más edad intentó agredirme pero gracias a Dios (nunca mejor dicho) y a las

monjitas que preparaban las viandas, su grado de embriaguez le impidió levantarse de la mesa. Fue claramente un malentendido, pero yo tuve el convencimiento que a partir de ese momento me iba a ser imposible continuar estudiando Derecho en El Escorial.

Acepté como verdadera la imputación de haber pretendido organizar un acto subversivo y trasladé sin demora mi matrícula a la universidad de Sevilla. Más que nada huyendo del frío, del granito y del fantasma de Felipe II. Sin embargo pude robar algunos recuerdos agradables; algunas clases interesantes; el olor a cuero de las cuadras de caballos de Avelino; un cigarrillo compartido y una vaga sensación de topo que desde entonces puedo reproducir en cualquier momento.

## LA RELIGIÓN DE LOS *COWBOYS*

Los sudamericanos, como la mayoría de los sevillanos, no pronunciamos las ces interdentes fricativas (con ese nombre se entiende que sean difíciles de pronunciar) ni las zetas, pero en mi caso yo no sé pronunciarlas ni tampoco oír las. Soy incapaz de reconocerlas cuando habla otra persona, a no ser que lo haga tan exageradamente (véase al ministro Rajoy) que las oigo como efes ("foquete") y si el tono del orador es metálico (su maestro Fraga) a mí me llegan como tes ("tapatón"). (Tal vez por eso me resulta inextricable la política de la derecha). Estoy seguro que al xilófono que tengo debajo del martillo de mi trompa de Eustaquio le faltan todas las notas musicales por motivos genéticos (aunque se escandalice mi otra tía, Chabuca, que en gloria esté) y las letras ces (las fricativas) y zetas por razones culturales.

"Granada, capital de la cultura" ponía una pintada en la carretera a las puertas de la ciudad para escándalo de forasteros ignorantes que pudieran basar la cultura en la letra ele. Es probable que la hubiera escrito un sevillano.

Viviendo en el campo, le oí decir una expresión de Quevedo a la mujer que traía la leche: "¡Al primer tapón zurrapa!". La dijo al sacar de una bolsa una moneda de cinco duros para darme la vuelta de un billete. Recordé entonces que la "mama" de la familia de mi madre decía la misma expresión cuando algo le salía a la primera. Estoy hablando de dos mujeres que vivían aproximadamente a quince mil kilómetros de distancia, con un océano, una selva y una cordillera por medio, la peruana de raza negra y pisqueña

(de la comarca del aguardiente de uva), la española andaluza de Santiponce, en el Aljarafe, zona de antiguos vinos. Es evidente que no nacieron en el mismo pueblo, pero pertenecen al mismo mundo cultural de Quevedo y del mosto donde las ces fricativas y las eles alveolares, creo yo, tienen poca importancia.

A un amigo cordobés suele visitarlo un mormón (que es el clásico cojudo a la vela perseverante en su variante celtíbera) con la esperanza de convencerlo y él le repite con hastío:

-Si no creo en la religión católica, que es la verdadera, cómo voy a creer en la tuya que es de *cowboys*.

Los mormones saben que, aunque las creencias son parte de la cultura, si insisten con tenacidad, pueden cambiar hasta la religión verdadera o venderte un juego completo de *tupperware*. En Sevilla, cuando a mediados de los años 70 se abrieron las primeras hamburgueserías, pizzerías y restaurantes chinos (a éstos últimos, en el Perú se les da el bonito nombre de "chifas") fueron quebrando una a una incapaces de competir con los bares, el pescaíto frito y las "selectas" neverías de los cines de verano, sin embargo, pocos años después, la orilla del Guadalquivir se llenó de restaurantes de comida rápida, exótica o tex-mex como cualquier ciudad de la costa del Pacífico de los Estados Unidos. Dentro de poco puede que veamos tantas iglesias mormonas por las esquinas, como ahora locales de comida.

La cultura se puede vender bien, cualquier cultura. Vivimos bajo la amenaza, por ejemplo, que alguna distribuidora de cine, lo suficientemente poderosa, nos inunde con películas del estilo de *Independence Day* durante la próxima década. Con un buen *marketing*, que es la moderna taumaturgia, se pueden vender hasta preservativos en el Vaticano.

A mi amigo cordobés, afortunadamente aún no le ha logrado convencer el cojudo mormón, pero yo, de tanto oírlo, empiezo a pensar que si ahora todo lo bueno procede de Estados Unidos por qué la religión no va a venir del emporio comercial de Utah; en todo caso tenemos que admitir que Salt Lake City suena mejor que Judea.

## EL PLANETA DEL TORO

En casos extremos, se puede llegar a sufrir la aberrante sensación de interesarse más por el mundo imaginario que por el real. Como si la idea de una mujer pudiera ser más bella que ella misma, o el recuerdo de una ciudad pudiera ser más importante que sus calles, o el aroma del vino embargara más que el propio elixir que cantó Omar Khayyám. Es decir, nos podemos sentir artistas.

Todo aficionado a los toros sabe que la frontera de la realidad es un anillo imaginario que rodea el tiempo, la muerte y las plazas de toros. (Desde la última fila de tendido de sol de la Maestranza de Sevilla se vislumbra esta afirmación temeraria que desde el callejón resulta obvia).

-En el ruedo, el arte está en lo que no se ve, todo lo demás sobra- me dijo un día mi amigo Constantino, que era el encargado de la estación de servicio de mi calle de Miraflores en los años 50, cuando ni él ni yo sabíamos dónde estaba Sevilla.

Constantino, además de despachar gasolina era dibujante y puneño. Los domingos de toros cerraba la gasolinera ante la ira del dueño y se iba a la bicentenario plaza de Acho; pero no entraba, se quedaba fuera, con las anticucheras, dibujando las faenas "de oído". No necesitaba verlas (ni tenía plata para comprar una entrada). Ignoro si esta aptitud se debía a un exceso de sensibilidad por su parte o a que nuestra infancia transcurrió sin el invento de la televisión y estábamos acostumbrados a oír las cosas que no veíamos. El mundo exterior entraba a nuestras casas a golpe de boleros y seriales radiofónicos.

Los lunes me enseñaba unas láminas donde la brisa del domingo se curvaba sobre una verónica o la luz de la tarde se congelaba bajo el brazo del torero en un pase de pecho que duró, según él, desde el segundo hasta el quinto toro. Eran unas líneas astifinas y negras, de tranco largo, que se salían de la cartulina, manchadas de gasolina.

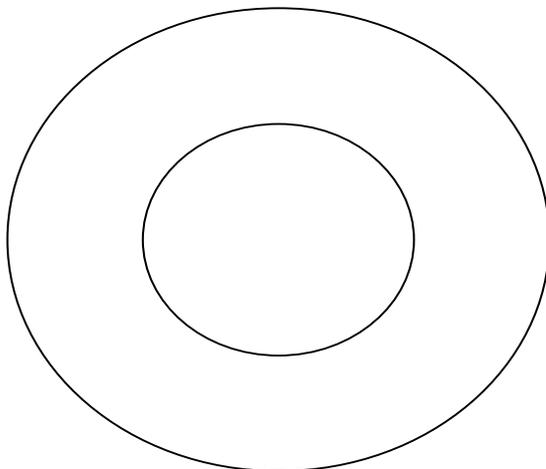
-¿Pero dónde está el toro, Constantino?- Le preguntaba, ignorante de mí.

-¿Qué toro?- me respondía- aquí sólo hay arte.

En cierta ocasión, para barrer el albero después de una corrida, los "monosabios" tuvieron que apartar un natural de Antonio Bienvenida que se había quedado en el ruedo como un grupo escultórico. Me contaba Constantino que él se escondió en un burladero para admirar el conjunto y que lo vio disolverse pasada la media noche.

¡Si mi amigo hubiera sabido que años después tendría la suerte de encontrarme en la Maestranza una tarde que Curro Romero regaló un sobrero y le cortó las orejas! (mientras en la facultad se celebraba un examen de Derecho Penal al que yo falté) seguramente se hubiera reído hasta caerse al suelo y luego habría dibujado la faena entera, lámina sobre lámina, sin que yo le contara nada. Pero cuando salí del Perú Constantino ya había muerto. Al menos eso me respondió el dueño de la gasolinera al darme cuenta que había contratado a otro dependiente (asegurándose que no le gustaran los toros).

Los que demandan la prohibición de la fiesta serían incapaces de entender los dibujos taurinos de Constantino, ni el recuerdo que guardo de aquella tarde de junio de 1960. Si se escandalizan con las puyas y con la sangre sobre la piel, supongo que es porque saben poco de zoología, o porque son un poco sádicos, o porque no pertenecen al planeta del toro.



---

**TAUROMAQUIA.** Dibujo de mi amigo Constantino subtitulado “*Tarde de toros*” (Lima, 1951).

## ANALISIS CLÍNICOS

"Para andar entre médicos hay que tener muy buena salud", pero yo, nieto de homeópata, lo ignoraba totalmente. Mi ingenuidad debe ser alarmante porque aún habiendo pasado malas experiencias seguía confiando en ellos. A uno y otro lado del Atlántico me habían tenido que sacar las muelas a martillazos y había sufrido roturas de agujas de inyecciones, sin darle mayor importancia, pero lo que si me alarmó fue cuando me empezaron a expulsar de los quirófanos.

La primera vez me ocurrió una noche ya casi de madrugada que me mordió un perro. Me rompió el pantalón y me abrió longitudinalmente el muslo. Después de andar unos minutos goteando sangre por las calles del barrio de Salamanca de Madrid descubrí una cruz iluminada y un rótulo que ponía "Urgencias". Creí que era mi salvación, ignoraba que se trataba del Centro de Traumatología para Accidentes de Tráfico (CETAT). Me atendió el médico de turno, me hizo echar en una camilla para examinarme cuando entró otro facultativo, aparentemente el jefe, y empezó a increparle:

-Aquí no se puede atender a pacientes, usted lo sabe, esto es sólo para accidentados.

-¿Y qué cree usted que me ha sucedido a mí, un accidente, no?- le dije de malos modos.

-¿Usted de dónde ha salido?

-Me ha mordido un perro, coño.

-¡Un perro! ¡Largo, largo de aquí! ¡Un perro!

-¿Y si estaba rabioso, me tendrán que poner algo, no?

-¡Fuera, fuera, usted no puede permanecer aquí! En cualquier momento puede llegar una ambulancia con un herido grave ¿y entonces dónde lo metemos?

Me parecía cómico tener que discutir con un médico para que se me atendiera, aunque estaba preocupado por mi herida:

-¡Pero no ve que estoy sangrando!

-Más sangran los que llegan aquí- me dijo cuando yo ya bajaba las escaleras hacia la calle y me lanzaba la chaqueta que me había olvidado.

La segunda vez fue peor, ocurrió cuando un compatriota, que me hizo creer que ya había terminado la carrera de medicina, me operó de fimosis. Advertido de mis molestias se ofreció para intervenirme en el hospital San Carlos de Madrid donde trabajaba. "Mañana mismo, a las once" me dijo resueltamente. Y así fue, llegué yo puntual al quirófano de la segunda planta donde él me esperaba con un compañero que le ayudaría. Me puso anestesia local y en una mesa de operaciones perfectamente iluminada empezó a cortarme el prepucio, minutos después llegó una monja enorme (o a mí me lo pareció desde la incómoda postura en que estaba) que le echó una bronca descomunal diciéndole que no tenía derecho a utilizar el quirófano y que inmediatamente saliera de allí con su ayudante y su paciente (que era yo, con el prepucio a medio cortar y más asustado que un pavo en Navidad). "No te preocupes, me dijo como si no pasara nada, terminamos en el consultorio". Recorrí unos pasillos interminables envuelto en una bata que me prestaron y llevando en una mano los pantalones, calzoncillos y zapatos mientras con la otra apretaba las gasas que cubrían mi pene ensangrentado. La gente nos miraba con asombro, sin saber que yo era un paciente a medio operar y ellos mis cirujanos. Menos mal que la intervención, aunque dolorosa (y llena de sobresaltos) cumplió su objetivo

y semanas después, cuando desenrollé los vendajes puestos precipitadamente comprobé que mi glande había sido felizmente liberado. Ya no me importó enterarme que mi paisano en realidad trabajaba de enfermero en el hospital San Carlos y que nos habíamos emborrachado juntos celebrando las “Fiestas Patrias” en la fiesta de la embajada del Perú.

## POETAS MUERTOS

Oquendo de Amat, como Vallejo, murió mucho en Europa. Había salido, como todos los poetas, "de la U. de la Underwood" en el Perú y llegó a España hacia 1935 enfermo de imágenes y letras. Aparte de su propia muerte metida en los pulmones y una paliza que le dieron al pasar por Panamá, traía como único equipaje un librito titulado "Cinco metros de poemas", que él recomendaba abrirlo "como quien pela una fruta". Desapareció, meses antes de iniciarse la guerra, en un hospital de Navacerrada donde nadie pudo curar su vertiginosa muerte peruana. Carlos Meneses (que llegó a España como yo, o sea, tarde) está sumergido en la inmensidad de su breve vida y obra.

Si fuera posible nacer antes o haber estado en el pasado, me hubiera gustado tener la suerte de conocer a Oquendo y a Vallejo, aunque tengo la certeza que de poco me hubiera servido. He desperdiciado siempre las mejores ocasiones que se me han presentado en la vida para hablar con personas excepcionales. Por una razón inexplicable me pongo a decir cojudeces (más que habitualmente) ante la mirada comprensiva del personaje.

A Aleixandre sí tuve la suerte de conocerlo. Fui a su casita de Velingtonia 3, gracias a la benévola recomendación de la novelista Elena Quiroga. Llegué tarde con unos cuantos poemas mal mecanografiados en la mano y no lo vi. Aleixandre (como todo el mundo sabe) era transparente. Sólo pude distinguir la luz que entraba del jardín y sus manos en los reposa-brazos del sillón. Al escuchar su voz me di cuenta que estaba realmente allí. Me habló mucho de Claudio Rodríguez, poco de él mismo y me preguntó con

gran interés por lo que estaba escribiendo. Yo no supe qué responderle, se me había olvidado hasta mi nombre. Le solté mis poemas que él acogió con cariño y nunca me atreví a preguntarle su opinión. Pero ese año le felicité las Navidades por correo desde Herrera de Pisuerga (por donde yo andaba haciendo encuestas de mercado) y tuve la gran satisfacción de recibir una tarjeta suya.

Con Javier Heraud nos dedicábamos a ensuciar las aceras miraflores nada más salir yo de la guardería. Garabateábamos barcos y montañas que trepaban por las fachadas de las casas como enredaderas de tiza. Veinte años después no nos reconocimos y Fernando Tola tuvo que volvernos a presentar en el colegio mayor Guadalupe de Madrid. Casi no hablamos. Él iba en busca de su destino final: Moscú, La Habana, la selva amazónica y la muerte por bala explosiva en el corazón. Había nacido poeta y tuvo que morir como guerrillero.

Aleixandre y Heraud vivieron con edades diferentes bajo cielos opuestos, entre otros poetas de Miraflores distintos, uno derramando sabiamente la paz, el otro aprendiendo como un niño garabatos de violenta rebeldía.

Y me causa una gran satisfacción poder reunir en mi memoria estos nombres como si a los cuatro los hubiera conocido realmente:

Oquendo Vallejo Aleixandre Heraud.

## EL TRACTOR DEL TIEMPO

Uno de mis primeros trabajos consistió en hacer encuestas de mercado durante los años 60, tiempos aún de desconfianza en los que no se admitían demasiadas preguntas en España y nadie se ofrecía a responderlas. No importaba que versaran sobre jabones o cervezas, acaso peor, porque alguien que pregunta cojudeces es que quiere enterarse de cosas más importantes, luego se le cierran las puertas en las narices o se llama a la Guardia Civil. Era "Tiempo de silencio" como el título de la extraordinaria novela de Luis Martín Santos, predecesora de todo el "boom" hispanoamericano.

Sólo a un cojudo como yo se le ocurre ser encuestador en tales circunstancias. Pero la suerte siempre me acompañó. Me libré de que me empujaran por las escaleras de un tercer piso en Bilbao, que me lincharan con aperos de labranza en un pueblo de Alicante y nunca pasé más de una noche en los cuartelillos de campo, playa y montaña de la benemérita G.C. que tuve el gusto de conocer.

Mi oficio de preguntón ambulante me llevó a transitar por muchos caminos a ninguna parte, que existen en la geografía peninsular, por los que la gente sólo podría regresar porque más allá no hay nada, se acaba el mundo. Esa fue la primera impresión que tuve cuando llegué a Vergaño, pueblo de la sierra de Corisa, al norte de Palencia, en el límite montañoso con Cantabria. He tenido que recurrir a los mapas para comprobar su existencia y convencerme que no es un invento de mi imaginación, que existe y que allí muere un camino de herradura que en invierno se hunde bajo

la nieve dejando al pueblo colgado del monte hasta la próxima primavera.

Subí un domingo desde Rueda de Pisuerga a las seis de la mañana en el único medio de locomoción disponible: la camioneta que les subía la fruta de la semana y bajé a mediodía en la moto del cura que celebraba misa.

En el pueblo me encontré a sus cuarentaitantos habitantes reunidos en la antigua escuela que ya no se utilizaba porque no había niños. El presidente interrumpió la reunión y me atendió amablemente aceptando que todo el pueblo contestara a mis preguntas al finalizar la asamblea. Mientras tanto me invitó a presidir con él la sesión. Yo no salía de mi asombro. No estaba acostumbrado a ser recibido de esa manera. Para el almuerzo mató un gallo colorado, diciendo que tenía pensado hacerlo de todas maneras.

Jamás he sentido tanta responsabilidad. Se decidía sobre quiénes iban a ser los que sacaran el hato al prado, recogieran la cosecha, cortaran la leña y sobre todo quién se iba a hacer cargo ese año del toro semental que les enviaba el ministerio para cubrir las vacas. En realidad, le había tocado a una viuda, por sorteo, pero ella, aunque mujer recia y de genio, se negaba a admitirlo. El semental del año anterior creó muchos problemas, no sólo quería cubrir las vacas sino que se lanzaba sobre todo bulto, viviente o no, que le quedara a su altura: destrozó carretas, cercas y aparadores de la casa del encargado y puso en peligro su integridad y la de muchos vecinos. La viuda, temerosa de que el toro de ese año tuviera el mismo furor que el anterior, intentaba que otro vecino se encargara del apasionado astado. Al fin decidió la asamblea construir un corral comunal y cuidarlo por turnos, a cambio, la mujer cedería su granero para guardar la cosecha. El último tema fue el del tractor. "Siempre terminamos las reuniones hablando del tractor" me dijo el presidente, "ya casi tenemos el dinero para comprarlo",

continuó, "pero el problema es que nadie quiere ir a la ciudad a aprender a conducirlo porque en el pueblo ya no hay mozos y los viejos sabemos poco de motores".

Terminada la asamblea sin haber podido elegir a un conductor para el tractor, desfilaron ante mi mesa uno a uno para contestarme al cuestionario. Una de las preguntas inquiría por la frecuencia con la que el entrevistado visitaba el pueblo más importante de la comarca. El primero me contestó:

-¿A Rueda? Sí, hombre, estuve cuando se casó mi hija, la pobre ya falleció pero me ha dejado un nieto muy hermoso que ahora está haciendo la mili. Eche usted las cuentas.

-Al menos veinte años- dije yo.

-Eso será.

El segundo que contestó al cuestionario, al llegar a la pregunta citada, se quedó pensando con un dedo en los labios como quien pide silencio y al fin dijo:

-Ya recuerdo. No bajo desde que se me rompió la bicicleta.

-¿Y eso cuando fue?

-Uf, era yo aún mozo, figúrese usted, me dijo riendo con la boca desdentada.

Pasados cuatro o cinco vecinos sin que ninguno de ellos hubiera salido del pueblo desde hacía mucho tiempo, pregunté a los que quedaban:

-¿Alguno de ustedes ha bajado a Rueda en los últimos cinco años?

Al ver que nadie respondía, amplié el período de tiempo:

-¿Y en los últimos diez ha bajado alguien?

Hubo un murmullo, hacían cálculos, se preguntaron datos unos a otros hasta que al final siete u ocho hicieron un gesto afirmativo con la cabeza. Llevaban aproximadamente

diez años sin necesitar ir a Rueda que quedaba a sólo catorce kilómetros de distancia.

Cuando estaba recogiendo mis papeles se me acercaron unos cuantos:

-Oiga ¿no será esto para lo del tractor, no?

-No, no, esto es para Madrid- les dije.

-Ah, entonces recomiende al cartero, para que le den un premio, porque sube siempre al pueblo aunque nieve o truene. ¡Si no fuera por él nos sentiríamos aislados!- me precisaron.

## LA CUNA DE PLOMO

La imprenta Murillo estaba en el número 2 de una vía empedrada y sin árboles que no llegaba a ser calle, era una especie de callejón llamado pasaje Valdecilla que cortaba una manzana cerca del Paseo de Rosales, de la universidad y de los bares y librerías que yo frecuentaba. Al local había que entrar agachándose por una puerta de madera sin rótulo y cuando la vista se habituaba a la penumbra interior se distinguían dos prensas y una linotipia de plomo líquido ante la cual se sentaba un anciano a teclear con la actitud armoniosa de un organista de catedral.

-¡Ya tengo los pulmones forrados en plomo, después de tantos años al lado de esta máquina!- me dijo de malos modos, mirándome de arriba a abajo y señalándome la vieja linotipia, cuando lo interrumpí en su trabajo.

Le llevaba yo los poemas que unos días antes le había entregado a Vicente Aleixandre, ordenados bajo un rimbombante título astronómico. Se sonrió al leerlo quitándose de la comisura de los labios una colilla humeante y dejando en suspenso por unos instantes su mal humor.

-¿"Un diminuto mar del infinito", no?-" me preguntó pensativo-, no lo sabes tú bien.

-Yo esperaba nervioso su veredicto.

-Cien ejemplares te pueden costar unas mil pesetas- añadió displicente.

-Trato hecho- le respondí al instante, asegurándome que el billete que había ahorrado durante tantos meses continuara perfectamente doblado en mi bolsillo.

-Te daré las galeradas dentro de un par de semanas, para que las corrijas- me respondió-. No hace falta que me pagues ahora, ya hablaremos cuando esté la criatura en mi cuna de plomo- añadió mirando la linotipia.

La publicación del poemario en 1962 hizo que esa manzana del barrio de Argüelles quedara definitivamente ligada a mis vivencias más sentimentales de Madrid, con el telón de fondo de sus fachadas deterioradas que en verano un sol recalentado y naranja disimulaba.

No me importó que mi "ópera prima", nacida en la cuna de plomo de la imprenta Murillo, concertara tan poca crítica y que ésta fuera tan negativa. En la revista "Poesía Española" apareció un comentario donde se decía que mis versos tenían resonancias de "ultraísmos, greguerías y otras modalidades surreales" (inaceptables para un autor novel como yo). Firmaba la reseña un Francisco Umbral sin bufanda y aún en los umbrales de la popularidad. Me sentí orgullosísimo que mis modestos poemas pudieran sugerirle a un crítico tan literarias relaciones, aunque no tuvieran ningún valor poético.

Años después, en la librería anticuaria Los Terceros, de Sevilla, encontré la segunda edición de una novela de Rosa Arciniega: "Mosko-Strom (El torbellino de las grandes metrópolis)" publicado en la editorial Cénit de Madrid en 1934. Esta mujer, peruana, de ideas progresistas, perteneció a un movimiento de renovación cultural que hubo durante la república. Coincidió con el dinámico compatriota César Falcón, que no sólo escribió sino que fundó con su mujer Irene la editorial Historia Nueva que dio a la luz títulos en la misma línea que Cénit, y una colección feminista: "Avance", que tuvo justa continuación en su hija Lidia. No fueron las únicas: Ediciones Oriente, Nuestro Pueblo, Jasón, Ulises, Zeus y la absorbente CIAP (Cía. Ibero Americana de Publicaciones) entre otras, contribuyeron a crear una

auténtica inquietud en España por el mundo del libro y la cultura, que la guerra civil, la dictadura posterior y sus censores malograron.

Rosa Arciniega publicó en España tres o cuatro novelas, dos ensayos políticos, varias biografías históricas y un drama radiofónico premiado en 1933 por la Unión de Radio de Madrid. Volvería a Lima en los primeros meses de la guerra según he comprobado en una dedicatoria manuscrita fechada en "Barranco-Primavera de 1936" (primavera septembrina del Perú), de su biografía de Pizarro publicada también por Cénit.

La editorial se anunciaba de esta manera:

*“Las obras más sugestivas del pensamiento contemporáneo; las novelas de más intensidad humana y de más emoción social; los ensayos literarios de más agudeza crítica; las biografías de los más altos valores de la Historia, y los libros sobre cuestiones económicas, políticas o sociales de los autores de más autoridad universal”.*

Aunque el estilo grandilocuente de la publicidad hoy nos pueda sonar a broma, no les faltaba razón. Efectivamente, en su corta existencia republicana (hasta 1936) publicó más de dos centenares de títulos, entre ellos, la primera versión en castellano de "El lobo estepario" de Herman Hesse, adelantándose en casi treinta años al interés que luego sentiría la generación *hippie* por ese autor. De César Vallejo publicó "Tungsteno" y una traducción de la novela "Elevación" de Henri Barbusse (que seguramente realizó ayudado por su mujer Georgette). Obras de Romain Rolland, Carlos Marx, Isadora Duncan, John Dos Passos, salieron con su sello. Hasta una autobiografía de Charles

Chaplin: "Mis andanzas por Europa", publicada en 1930. Y también muchos jóvenes intelectuales vanguardistas tuvieron la oportunidad de ver por primera vez sus escritos impresos en las letras de molde de esa editorial.

Cuando en la librería sevillana abrí el libro de Rosa Arciniega me dio un vuelco el corazón porque al pie de página me pareció haber leído:

"Imprenta Murillo: Pasaje Valdecilla, 2. Teléf. 41527. Madrid".

Yo tenía entendido que Cénit imprimía en Argis, que estaba en la calle Tarragona y no podía ni imaginar que algunos de los libros de Ramón J. Sender, César Vallejo, Corpus Barga etc. hubieran podido salir de los talleres del anciano impresor en el ruinoso pasaje Valdecilla al que, después de haber pasado una guerra y una posguerra, yo le llevé unos versos para que imprimiera mi librito. Pero la prueba la tenía en las manos.

Volví a Madrid después de muchos años y subí por la calle Princesa hacia la plaza España buscando la manzana de la imprenta Murillo. Desde la boca del Metro intenté divisar el bar de la esquina de la calle Alberto Aguilera donde desayunaba café y churros en mis fríos madrugones universitarios, o la cervecería que, gracias a las estudiadas corrientes de aire del dueño y amigo, se mantenía fresca hasta en pleno verano, o la peluquería de un sólo sillón, o la casa que fue uno de mis treintaitantos alojamientos en el barrio, pero nada de eso existía. En su lugar se elevaba un moderno edificio comercial sin ventanas de "El Corte Inglés" que se había construido encima del bar, de la imprenta, del pasaje Valdecilla, ocupando todo el espacio del Barrio de Pozas, al que Haro Tecglen se refiere en sus memorias con sincera emoción de "niño republicano".

Entré al establecimiento por la puerta de la esquina de la calle Princesa y conté los pasos entre maniqués buscando la entrada imaginaria de la empedrada callejuela. Como jugando al mapa del tesoro, giré al fin a la derecha por el interior de la nave comercial, figurándome andar por la acera a la que le daba el sol por la tarde y me planté delante de la fantasmagórica puerta de madera de la imprenta. Cuando mi vista se habituó a las blandas luces fluorescentes sentí la frustración de encontrarme en la sección de artículos de cuero, pero reparé que entre los bolsos y carteras de Ubrique, una escalera mecánica parecía salvar el antiguo escalón de entrada al taller, ahora mucho mayor debido al desnivel de la calle. Descendí por ella y pude comprobar con satisfacción que aterrizaba sobre un mar de volúmenes en la sección de librería de los grandes almacenes que ocupaba casi exactamente el mismo lugar que el semisótano del impresor republicano.

Hay lugares predestinados. En la superficie todo puede cambiar, pero el espíritu de los libros raras veces abandona los espacios tan difícilmente conquistados. El pasaje Valdecilla permanecía debajo de las tapas multicolores de modernas ediciones y por él continuaba transitando el espíritu de los escritores, editores, librerías e impresores de la república que, aprovechando el breve lapso entre dos dictaduras, intentaron desarrollar la cultura de una sociedad libre. Algo consiguieron.

## CANGUROS AGRESIVOS

Las encuestas de mercado me permitían sobrevivir a base de buen tinto de pueblo y huevos fritos con papas, pero me obligaban a alejarme semanalmente de Madrid y no poder asistir a la universidad. Por ese motivo empecé a buscar otro medio de vida. Cuando ya consideraba que era imposible conseguir empleo siendo medio-abogado, medio-leído, medio-joven (o sea, una mediocridad en todos los sentidos) descubrí un anuncio en el diario "Ya" de ese domingo de los años 60:

"SE NECESITAN COMERCIALES  
AGRESIVOS".

Yo había pensado entrar ladrando, porque la necesidad hace que uno sea capaz de cualquier cosa, pero una secretaria jovencísima me desanimó con un argumento irrefutable:

-Con la edad que usted tiene lo van a tomar por perro viejo y nadie lo va a querer.

Fue la primera vez que me sentí tratado como un adulto. La amable chica también me sugirió algo que consideré positivo:

-Utilice su experiencia, su profesionalidad- me dijo.

Entonces se me ocurrió travestirme en prostituta (que considero las mejores profesionales), pero ella se rió mucho mientras le enseñaba las pantorrillas levantándome los pantalones:

-Con los pelos que tiene en las piernas no se lo van a creer, además esta gente es muy seria y no le serviría de nada.

Me sorprendieron dos cosas: que aludiera a la empresa como "esta gente" y que le llamaran la atención los pelos de mis piernas cuando tengo pocos, pero no le di mayor importancia y me preparé para entrar a cuerpo, hasta pensé en quitarme la chaqueta y la camisa para presentarme a pecho descubierto. Dentro había más de cien candidatos con corbata que me hicieron "shshshsh" cuando entré tropezándome en el quicio de la puerta.

En la sala hablaba un hombre con fuerte acento catalán (que me recordaba a mis paisanos cuando imitan el castellano de España y pensé que podía ser sudamericano). Se ayudaba de un bastón para mantenerse erguido y para señalar a la gente. El negocio que proponía era vender acciones de una cadena de restaurantes llamada "Canguros" que se construirían, Dios mediante, al año siguiente en Madrid y Barcelona. Al finalizar la presentación se retiró a una oficina y fue llamando individualmente a todos los presentes.

Yo meditaba la razón por la que la secretaria había hecho una referencia tan distante de la empresa: "esta gente". Probablemente estaba contratada por horas y ni siquiera conocía al catalán. Por otro lado el edificio tenía un aspecto despersonalizado, como si allí no trabajara nadie o lo alquilaran para actividades puntuales como la presentación de productos. También observé que el supuesto catalán podía no estar tan cojo como parecía porque cuando salió de la sala se olvidó del bastón y volvió a recogerlo andando como si tal cosa.

Cuando empezaron a salir los primeros entrevistados nos interesamos en saber qué les había dicho, pero todos se evadían rápidamente diciendo "de puta madre, de puta madre".

Al entrar a la oficina me miró de arriba abajo antes de pedirme que me sentara y me explicó las bondades de

trabajar para un proyecto como el de los "Canguros". Seguidamente indagó por mi familia, amigos y compañeros para finalmente decirme:

-Sabe usted, al verlo me he puesto a pensar que más que para comercial yo lo veo a usted como jefe. Podemos aprovechar sus cualidades, bueno, al principio también tendría que vender acciones, como es lógico, pero sólo unos días, inmediatamente lo pondría al frente de un grupo de vendedores. Claro, me advirtió, esto no se lo cuente usted a sus compañeros porque de las noventa personas que pensamos contratar sólo vamos a nombrar a tres jefes de venta.

-Comprendo, comprendo- dije yo simulando entender menos de lo que entendía.

A la salida, uno de los primeros entrevistados me preguntó por la impresión que había sacado de la entrevista. Inicialmente pensé decirle "de puta madre" como todos mis predecesores pero preferí ser sincero:

-No sé- le dije-, hay algo que no me huele bien.

El supuesto candidato llamó a otro supuesto candidato y entre los dos me hicieron ver que o me callaba o me largaba a cortar caña a Cuba. "¿Porqué a Cuba?", pensé, "si yo no tengo nada que ver con la isla que está más cerca de España que del Perú. Estos cojudos no saben que el Perú esta casi en el culo del mundo" y dije "casi" porque el que está realmente en el culo del mundo es Chile (¡Viva Chile, mierda! ¡Viva el Perú, carajo!) pero no era momento para analizar este tipo de sentimientos nacionales.

Mi improvisada frialdad unida a mi necesidad de trabajo pudo más que el patriotismo que me inculcaron en el colegio cuando no me dejaban cantar el himno nacional y decidí no reponder a la provocación de los dos ganchos del catalán y buscar un lugar un poco más cerquita que el Caribe donde poder ir a trabajar.

-No ha habido suerte- le dije a mi patrona al regresar a mi pensión.

-Hay que tener paciencia- me respondió dándome a entender que ella la había tenido toda la vida.

-No, no hay trabajo. Me iré a buscarlo a otro sitio- le dije absolutamente convencido.

Unas semanas después partiría a Francia en un tren de emigrantes.

## GAUDEAMUS IGITUR, PUES

Siempre he sido consciente que, fuera de la tauromaquia, es peligroso sensibilizarse demasiado con lo imaginario. Sobre todo cuando se es estudiante. Preferir la mirada a los ojos, el aliento a las palabras, puede traer problemas de descoordinación e impedir que en el futuro nos ganemos la vida decentemente.

Esto nos ocurre mayormente a los que no distinguimos claramente entre lo real y lo ficticio y el mundo se nos presenta como un revoltijo de personas y palabras que debemos desenmarañar. Algunos, los más cojudos, sentimos la imperiosa necesidad de plasmarlo en algo para convertir una parcela de lo imaginario en realidad, de hacer como Constantino: materializar la faena que se quedó prendida del aire. O al revés, convertir la realidad en una corrida imaginaria. Los primeros suelen ser pintores y los segundos escritores o poetas (que es bastante peor). La diferencia entre las artes plásticas y la literatura posiblemente radique en el distinto tratamiento que se le dé al silencio.

Podemos detectar los síntomas del desajuste con la realidad, por ejemplo al emocionarnos con un libro de poesía china de la dinastía T'ang que ha caído de casualidad en nuestras manos (y que por cierto nunca devolví). O encontrarnos una noche intentando escribir un "haikú" al estilo de Matsuo Bashô en lugar de estudiar el Sistema Monetario Internacional. Pero si descubrimos estas circunstancias en los últimos años de la carrera habremos perdido para siempre la posibilidad de integrarnos en el hermoso y competitivo mundo laboral.

La consecuencia de esta enfermedad libresca, en su fase inicial, no debería exceder del ámbito universitario, sentimental, urbano. Si nos hemos pasado la infancia corriendo tras una pelota que veíamos cuadrada bien podemos pasarnos el resto de nuestra existencia marcando un número de teléfono equivocado. (Aún no he comprendido porqué cuando mis compañeros practicaban judo yo aprendía jiu-jitsu). Este desfase representa un grave inconveniente para la vida diaria (aun con la ayuda del filósofo Alain) pero por otro lado, aporta una ventaja, la que tienen los papagayos: situamos la libertad de expresión dentro de las primeras necesidades para sobrevivir. O sea, ya no nos callamos ni inflando globos.

La literatura, como la política, es una forma de entender el mundo. Confiemos que no puedan volver a sojuzgarla, entre otras cosas, porque es imposible mantener una jaula de papagayos mudos durante mucho tiempo. Sin embargo, no era esa la impresión que uno recibía paseando por el callejero de Madrid rebautizado con nombres de generales victoriosos de la guerra civil.

Cuando llegué a la Universidad Complutense, España estaba aún sumida en un silencio a medias, era pues un país de pintores. La censura tiende a la clonación de los seres y al rechazo de lo diferente, sean ideas o zapatos. Se uniformizan hasta los más pequeños detalles, como la vestimenta o la forma de gesticular. Mientras en toda Europa los estudiantes iban a la universidad con atuendos informales y actitudes renovadoras, en Madrid íbamos a la Facultad con chaqueta, corbata, el pelo bien cortado y la cara rasurada. Y las pocas chicas, con falda y abriguito. En más de una ocasión vimos al catedrático de Derecho Procesal (y también Decano) expulsar del aula al único barbudo que se empeñaba tozudamente en aprender Derecho

parapetado detrás de su poblada barba. Se mantenían las formas con una mímica pactada: para no decir nada.

¿Dónde estaba pues esa otra España de poetas? ¿Dónde el espíritu de los intelectuales antifascistas que hicieron posible el Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, entre los que se encontraban, además de Vallejo, peruanos españolizados como el dinámico César Falcón? Lejos físicamente y lejísimos en el tiempo. En México León Felipe, Prados, Cernuda... En Estados Unidos Sender... En Argentina Alberti. Antonio Machado enterrado en Francia y Juan Ramón en Puerto Rico. Muchos más en un exilio interior, de obra amordazada también a medias, codeándose con los que se dedicaban a cantar por las mañanas o a escribir en el ABC de los domingos.

Los críticos, en un perfeccionismo laborioso, lograban analizar cualquier autor desde el punto de vista estrictamente literario, eludiendo, a base de eufemismos, toda referencia a su vida o ideología, de manera que se podían leer opiniones sobre la obra de escritores sin saber si vivían en el exilio, apoyaban a Franco, o si habían sido fusilados. Eran radiografías literarias de fantasmas. De Miguel Hernández se solía decir que "le estaba deparado un amargo destino". A los intelectuales exiliados se les nombraba como "la España peregrina", apropiándose del título de una revista del exilio. Esta ambigüedad ideológica favorecía una literatura cómplice, unos, mentores del régimen y otros, comparsa involuntaria.

Algunos muertos no se podían ocultar: la poesía de Lorca era demasiado festiva, demasiado popular para que no se oyera. Se silenciaba su fusilamiento, pero no su obra.

Una mañana de otoño, en la explanada entre las facultades de Filosofía y Derecho, un pequeño grupo con guitarras y bufandas se puso a cantar poemas del "Romancero Gitano" y otros, repeinados, vinieron buscando

bronca, a insultar a los juglares y a las chicas que los acompañaban.

-¡Los sudamericanos que no se metan!- gritaron los matones al ver que nos preparábamos para el boche.

-¿Por qué? ¡Carajo!- dijimos.

Nos pegamos, mejor dicho, nos pegaron, nos patearon hasta debajo de la lengua y machacaron las guitarras. Nosotros somos así de cojudos, defendemos siempre a las mujeres y a los débiles, aunque no supiéramos nada de la guerra. Los matones tampoco sabrían mucho. Cuando se fueron, les dijimos a los rapsodas que se estaban recuperando tirados en el césped:

-La próxima vez traigan en el repertorio "Gaudeamus igitur" o si no, canten bajito, pues.

En el París pre-mayo/68, Paco Ibáñez interpretaba "Aceituneros de Jaén" de Hernández. Lo aplaudían los franceses, lo festejaban por las calles. Nosotros no nos enterábamos; eso era parte de la confabulación "judeo-masónica" alentada desde el extranjero, por lo visto.

Gracias a algunos librereros pudimos leer clandestinamente obras que hoy harían reír (o llorar) a niños de primaria. Exportadores argentinos y editores como Barral nos libraron de tener que seguir soportando la literatura traducida de Knut Hamsum, Lajos Zilahy y similares. La única defensa contra la censura era la ignorancia de los censores, pero astutamente los seleccionaban entre prestigiosas figuras de las Letras creándoles sin duda una esquizofrenia literaria que aún les dura. Mi corto bagaje cultural me impedía valorar adecuadamente lo que leía. En mi descargo puedo decir que el manual de literatura de Puccinelli, que estudiamos los de mi generación, terminaba en Azorín. Como si después del desastre del 98 en España no se hubiese escrito ni cartas.

La Ciudad Universitaria no era más que un pequeño reflejo de la verdadera, invisible, represión nacional resquebrajada, porque Franco continuaba en El Pardo firmando condenas a muerte de libros, películas y personas.

Un día frío del mes de noviembre de 1965 decidí no prestarme más a la farsa de los suspensos y aprobados de los exámenes según el capricho de los catedráticos que no entendían mi letra, y coger un tren de emigrantes en un discreto andén de la estación Príncipe Pío. El viaje se hacía sin parar hasta la frontera de Irún, como si tuvieran prisa en dejarnos al otro lado. Casi no tuve tiempo de despedirme ni de mi casera. Eran los inolvidables años 60, los hippies empezaban a llenarse la cabeza de flores para congregarse en Woodstock.

El tren lo pagué con las únicas mil pesetas que he ganado en mi vida con la literatura: un cuento publicado en el concurso mensual de la revista más franquista y católica de la época: *Familia Española*. Me lo pagué yo porque el organismo que se llamaba algo así como "Centro para la Emigración" se negó a darme el billete, ni tampoco llevaba el contrato de trabajo en el bolsillo. Yo iba a Europa a cuerpo, por libre, como siempre.

Me separé de España para emigrar a un punto indeterminado del norte, convenciéndome que no lo hacía para leer a Malraux o a Sartre, sino para buscar trabajo, porque desde que a mi desdichado hermano Abel se le ocurrió organizar el mundo, seguir ganándome la vida a salto de mata como Caín, haciendo encuestas de mercado, me resultaba imposible. A pesar de todo, durante mi periplo francófono por esos mares, me tropecé con "*Las manos sucias*" de Sartre en la *rue St. Severin* y leí sólo sus páginas pares (con la cabeza ladeada, como buscando) bajo la mirada del encargado de la librería. De igual forma (intimidado) descubrí a Boris Vian, y a Gide lo conocí

rápida e insuficientemente en un *drugstore* y a Proust intenté leerlo perdido por las *Galeries La Fayette*, pero me faltó tiempo, claro. Supongo que este es el origen espurio de mi subcultura sudamericana, fragmentada y antiacadémica y también de una tortícolis que me tuvo mucho tiempo doblado por torcer el cuello para leer los títulos que los editores se empeñan en imprimirlos opuestos en los lomos.

Mayo/68 me pilló pues trabajando en un sótano de la place Madou de Bruselas y pude comprobar la falsedad de los *graffitti* parisienses. Doy fe que "Debajo del asfalto" no "está la campiña", como se decía, porque debajo estaba yo y allí no había ni flores, todos eran pantalones Levi's que yo descargaba, almacenaba y empaquetaba.

Mayo/68 fue, sin lugar a dudas, otra cojudez francesa, como el bidé (ese objeto aguitarrado de uso desconocido): cojudez histórica, histriónica e higiénica, aunque parcialmente inútil. La mejor pintada: "Se prohíbe prohibir" es la que más han transgredido. Muchos de los que la escribieron se han transformado en perseguidores de sus conciudadanos, sean fumadores o no.

Al otro lado del Atlántico, en el país más "progresista" de la tierra, acababan de asesinar a Martin Luther King, que pretendía los mismos derechos para negros y blancos.

En aquellos momentos yo ya estaba seguro que había perdido para siempre la posibilidad de volver a cantar el *Gaudeamus Igitur*.

EL FRANCÉS A 3.000 Pts.

Le lumière devient femme  
sur le bord du chemin.  
Ta peau dors encore  
sur la nuit d'hier.  
Laissez moi voir  
l'horizon de ton corps,  
laissez moi connaître  
où habites tu le matin  
quand je ne te vois pas.

\*\*\*

**Traducción libre:**

Al borde del abismo  
esperas apagada  
que a la luz del semáforo  
se acerque el Pato Dónald.  
Que nadie vea tu piel  
de fruta machacada,  
ni el bosque de tu cuerpo  
florido de heroína,  
mientras naufragan, Daisy,  
tus labios en la noche.

\*\*\*

**Explicación:**

La mayor cojudez de este libro es sin duda haber incluido un poema desconocido en francés y su correspondiente traducción (sin dominar el idioma como fácilmente se puede comprobar) en homenaje, sincero e inútil, a las mujeres profesionales del amor (por las que mi generación siente un disimulado respeto) que les ha tocado trabajar en este fin de milenio a lo largo de las carreteras de Sevilla, España y el mundo, consumidas por la enfermedad y la droga.

## EL TONGO BELGA

En Lima, las líneas de omnibuses (autobuses aquí) no se conocían por su numeración sino por sus nombres. La del "Expreso" de Miraflores era la más elitista, con asientos acolchados, perfectamente acondicionados para climas fríos, herméticos, donde un montón de cojuditos pasábamos un calor insoportable regresando de los colegios de curas. El "Tacna-Trípoli" en cambio, a pesar de que hacía un trayecto muy similar al del "Expreso", era más marginal, le estaba vedado transitar por la avenida Arequipa por ejemplo, y tenía una indudable ventaja: normalmente llevaba las ventanas rotas.

La línea de "Plaza México", con una flota de vehículos desvencijados y mal olientes, probablemente adquiridos de segunda mano en EEUU, era vergonzante: terminaba su recorrido en el barrio de La Victoria, donde estaba ubicada la zona roja de la ciudad. Para llegar a los burdeles había que bajarse en la plaza Manco Cápac, donde la estatua del primer Inca indicaba con la mano (con talante más pizarrista que incaico): "Por allá se va a Huatica". Tres o cuatro cuadras más arriba empezaban los prostíbulos.

El "Urbanito" era un pequeño autobús local que partía del mercado de Surquillo para recorrer traqueteando las calles de Miraflores y terminar en el parque de la parroquia. A veces se detenía en la gasolinera de Constantino para agregar agua a su humeante radiador, circunstancia aprovechada por nosotros para jugar en su interior. Su suelo de listones de madera desiguales, le daba la apariencia de un carricoche de feria. Olía a fierros y a verduras.

El más tétrico anunciaba en su cartel frontal: "Cementerio" y los choferes, en la plaza Grau, aguardaban a los clientes portadores de flores con sonrisa socarrona.

Los había peor acondicionados, sin asientos, con el motor al aire, que circulaban envueltos en nubes negras con gente hasta los estribos: el "Cocharcas", "Jesús María", "Chacra Colorada"... Uno de ellos, el "Olaya", rimando con su destino, nos llevaba a la playa de Chorrillos. El pasaje costaba tres reales, pero la mayoría de las veces el cobrador no nos entregaba el boleto.

-Este tipo es bien sapo- decíamos- se queda con la plata.

-A ustedes qué les importa- nos respondía.

La verdad es que nos daba igual. Nosotros íbamos a bañarnos.

En el Perú, la corrupción se puede llamar chanchullo, criollada, coima, o simple pendejada. En el extranjero el léxico es más pobre, pero el efecto es el mismo.

En Bruselas, esa ciudad tan llena de tranvías lujosos bajo una lluvia permanente, trabajé en un organismo internacional y pude comprobar que la "criollada" no es patrimonio exclusivo de ningún país. En todas partes cuecen babas de la misma manera.

Una de las principales actividades del organismo, dedicado a la ayuda a Africa, era seleccionar y enviar material didáctico al antiguo Congo Belga, Ruanda etc. Yo revisaba las facturas presentadas por importantes librerías donde se consignaban manuales de historia, matemáticas o física. Pero un buen día tuve que ir a Amberes y me acerqué al puerto a revisar el cargamento cultural del mes, me asomé al *container* aún sin cerrar y descubrí que en vez de libros de curso lo que se enviaba eran novelitas de segunda mano del género rosa, policiales o de vaqueros. Cuando me dirigí al

responsable se rió un poco diciéndome: "¡Qué más da! Los negritos no entienden de esto". (Recordé al cobrador del "Olaya", pero esta vez yo no iba a ninguna playa). Comprobé que la corrupción ascendía por los despachos mejor alfombrados del organismo. Pero no se podía demostrar nada, yo no había estado en Amberes ese día, yo no tenía porqué verificar nada.

A la semana siguiente, me sorprendió que me llamaran a una reunión donde se decidiría el material deportivo que se iba a destinar ese año a Kinshasa. Me negué a aceptar el envío de trampolines para unas escuelas que no tenían piscina, que ni siquiera tenían agua corriente. Antes de mi renuncia al puesto fui trasladado, como es lógico suponer, al departamento de traducciones de portugués donde teóricamente podía ser yo bastante más útil.

## EN VEZ DE TEJA ABRAZADERA

Cuando cayó la abrazadera oxidada rozándome la cabeza, las palomas de *Trafalgar Square* vagaban hambrientas por la plaza esperando que alguna dama madrugadora les echara migas de pan y aletearon asustadas al verme dar un salto para esquivar la pieza de hierro que caía desde un edificio en restauración (monumento histórico sin lugar a dudas).

Jamás hubiera adivinado que Trafalgar era el nombre de un tramo de la costa andaluza, a mí me sonaba a apellido de general inglés al mando de la flota que venció a la Armada Invencible. Confusión que puede tener cualquier ejecutivo de multinacional americana, me consolé, sin que le impida aparentar un porte digno, sin que se le deshaga el nudo Wilson de la corbata. Tampoco sabía exactamente en qué había consistido La Armada Invencible y me sonaba más a película americana basada en una novela de Salgari que a desastroso acontecimiento bélico español. Las lagunas culturales que iba descubriendo nada más pasearme por las calles de cualquier ciudad europea no me acomplejaban en absoluto, por el contrario, estimulaban mi curiosidad para enterarme de las cosas que me interesaban. Además, no estoy muy seguro si era ignorancia o si en el fondo yo las sabía, o las había sabido en otra vida, pero prefería darle más importancia a la sensación que me producían, porque, dijeran lo que dijeran, Trafalgar no parece nombre español y La Armada Invencible yo juraría que la vi hace quinientos años en el cine Pacífico de Miraflores acompañado de la chica que me gustaba, y que era de piratas.

Que el mundo no correspondiera a la visión que yo pudiera tener de él lo advertí desde chico y tampoco puse mucho empeño en adecuarme a una realidad que me parecía errónea. Por ejemplo, durante un tiempo creí que Estados Unidos, ese país poblado por una raza de actores y actrices cinematográficos, estaba ubicado en Europa porque en la América que descubrió Colón sólo podían vivir tribus castellano o quechua hablantes como la mía. Era imposible creerse que Gary Cooper desayunaba en el mismo suelo que nosotros. En todo caso, se me antojaba, Estados Unidos estaría situado en un lugar atlántico equidistante entre la blanca Europa y la mestiza Sudamérica, una especie de Groenlandia super tecnificada. Porque al norte del Amazonas o de la cordillera de los Andes sólo podía nacer gente como Pedro Infante o Silvia Pinal, pero yanquis jamás.

Cuando vivía en Lima, Estados Unidos fue muy importante para mí. Me venía constantemente a la mente y me producía una sensación de bienestar, pero no se debía a la existencia del país sino al nombre de una calle del barrio de Jesús María donde tenía su casa la chica con la que iba al cine. Esa coincidencia hizo que todo lo "made in USA" me resultara agradable. Ella me ninguneó a la salida de "Gigante" (Rock Hudson/James Dean) y yo creo que por una ley de compensación freudiana empecé ya entonces, para mi desgracia, a desinteresarme por ese maravilloso país en technicolor que admiran arrobados los neoliberales.

Si la abrazadera en cuestión me hubiera matado no habría pasado nada. Un suceso banal: "sudaca desconocido muerto en accidente en Londres" (aunque hubiera sido una demostración palpable que un habitante de la peligrosa Latinoamérica puede morir en la civilizada Europa por culpa de un encargado de obras irresponsable, probablemente irlandés). Pero si me hubiera dejado mal herido las cosas se habrían complicado. Me habría sido difícil explicar que era

un empleado de una multinacional americana de visita en Londres para asistir a unas reuniones comerciales absurdas, de nacionalidad peruana pero hijo de padre belga, nacionalizado español y residente en Sevilla.

A la pregunta de "¿Y que hacía usted entre las palomas de *Trafalgar Square* un jueves por la mañana?" no habría sabido qué contestar y me habrían buscado la cocaína en los bolsillos directamente.

La abrazadera, que casi me cae en la cabeza mientras intentaba ampliar mi cultura en una plaza histórica, me hizo tomar conciencia de que había entrado en un proceso irreversible de europeización. Ya había superado el complejo de ser sudamericano en España y ahora me enfrentaba al de ser español en Europa. Lo que no he averiguado es porqué, desde entonces, cada vez que quiero decir teja digo abrazadera.

## Intrólogo

Sumido en esta grave lujuria mental, que es escribir sobre uno mismo, se hace inevitable meditar sobre el puñado de asuntos llamados trascendentes, como la cultura, el placer, el trabajo, el amor y la muerte sin ignorar que las cuestiones más profundas son las que menos palabras admiten.

"Ando y ando, si he de morir que sea entre los tréboles", con estas palabras zanjó el poeta oriental el problema de la vida.

"Comamos y bebamos, si la muerte nos ha de llegar al menos que nos coja hartos", es un enfoque bastante más hispánico del mismo asunto.

Al negro Nicomedes Santa Cruz (decimista, rimador y jaranero peruano) le pregunté en una entrevista qué pensaba de la muerte y me respondió:

"¡Qué cojudeces pregunta usted, compadre!".

Las tres frases precedentes encierran a mi entender gran sabiduría, porque se puede hablar de todas las formas de agotar la vida, de los momentos anteriores a la muerte (y de los posteriores al amor, es decir, de la soledad) pero de la muerte en sí misma, nada. Me quedaría, sin embargo, con la respuesta de un lector anónimo sevillano que muestra una actitud mucho más trágica que los anteriores:

"-A mí es que la muerte me da risa"- me dijo.

(Aunque no creo que compartan estas posturas filosóficas los más de tres mil condenados a la máxima pena al norte de Chihuahua -casi todos casualmente pertenecientes a las minorías de origen oriental, latino y africano, o sea, AntiWASP- que aguardan en los

corredores de la muerte para ser civilizadamente gaseados o electrocutados. No existe, que yo sepa, una filosofía carcelaria. En tales ambientes los preludios suelen ser más dramáticos que el final y la sabiduría oriental, hispánica o africana no sirve para nada; se termina arrojándola por el *water* de las prisiones, digo yo).

A sabiendas que no se puede hablar de estos temas sin riesgo de volverse cojudo del todo, pero consciente también de que los seres humanos, sobre todo los de barrio, nos caracterizamos por ser hormigueros de contradicciones, he intentado transcribir a continuación algunas impresiones, más que reflexiones, relacionadas con ellos.

## IKEBANA DE SANGRE

Hasta hace pocos años, algo que sucediera en el Perú nos sonaba lejano y extraño en Europa. Hoy en día, que los satélites de comunicaciones propagan por la atmósfera las noticias (que luego reptan por la tierra hasta convertirse en imágenes de colores en nuestra sala de estar), nadie puede sentirse ajeno a lo que ocurra en la pacífica Lima o en la varias veces bombardeada Bagdad.

Así nos llegan sucesos que sentimos próximos, humanos, pero otras veces aparecen terroríficas imágenes de algo que consideramos más lejano en el tiempo que en el espacio, como si emergiera de las tinieblas medievales (en mi caso sólo de las neblinas infantiles); así llegó hasta nosotros una noche el "Ikebana de sangre" que se produjo en el palacio japonés de Lima.

Las noticias internacionales nos mostraron el fin de un secuestro. Un secuestro perpetrado en un barrio residencial de la ciudad virreynal, durante una fiesta. Los setenta y dos rehenes eran destacadas personalidades peruanas y diplomáticos extranjeros. Durante el tiempo que duró la retención no hubo que lamentar vidas humanas, con las incomodidades propias de las circunstancias (aunque de un moderno palacio se tratara) los encerrados habían continuado comiendo mejor que sus captores, les traían ropa limpia planchada en el calor de sus hogares y les enviaban juegos y guitarras para que no se aburrieran... Era el fin de un secuestro que en el "espectro del horror" del terrorismo mundial habría que clasificar sólo de *light*, casi un simulacro, que había ocurrido con amenazas y miedo pero sin violencia ni

disparos, realizado por catorce muchachos y muchachas que se introdujeron astutamente en la residencia diplomática nipona llevando hermosas canastas de flores, que apestaban a pólvora.

Las negociaciones para la liberación de los rehenes se prolongaron durante cuatro meses. Todos podemos suponer lo difícil, si no inútil, que es negociar en tan corto período de tiempo el hambre de siglos, las condiciones de las cárceles-mazmorras, las viviendas infrahumanas, el derecho a la educación, al trabajo, a la salud... a lo más elemental.

La solución, por inesperada, rompió las conversaciones, sorprendiendo hasta a los propios negociadores, como dijo el obispo que se prestó a presidirlas. Queda la duda. El desenlace apareció de improviso con ciento cuarenta soldados del ejército peruano que salieron de la tierra por los túneles que habían estado cavando bajo la residencia los cuatro meses de fallidas (¿o falsas?) negociaciones.

La factura de la operación nos la presentaron fríamente en pantalla casi inmediatamente: diecisiete muertos (dos soldados, un rehén y todos los terroristas) sobre los que el presidente Fujimori se paseó en actitud heroica.

Finalizada la masacre y rescatados los rehenes, menos el que murió por bala castrense equivocada, era necesario saber qué pasó durante esos minutos de asalto al palacio japonés. Es muy sospechoso que murieran todos los secuestradores, incluidas dos chicas que algunos rehenes vieron rendirse. Las dudas apuntaron a exterminio premeditado, con la participación del gobierno, el clero y el ejército. Pero nadie se molestó en explicarlo. La única consecuencia visible fue que al obispo lo ascendieron a arzobispo poco tiempo después.

¿Ha sido este un caso más de las "soluciones" que practican históricamente los dictadores sudamericanos (que no nombro porque la lista sería interminable) que nos han hecho acreedores al epíteto de "repúblicas bananeras" controladas por un ejército sometido a los intereses de una pequeña élite financiera? ¿Imponen el orden (la llamada paz de los cementerios) sin respetar los derechos humanos (de los "buenos" y de los "malos") en un abuso de fuerza, ajusticiando impunemente a los culpables, demostrando ser más bárbaros que los propios terroristas, con la ingenua intención de eliminar no a catorce subversivos o guerrilleros sino todos los problemas históricos que sufren amplias capas de la población del continente americano?

Esta aldea global tecnológica, que ha empezado a repartir succulentos beneficios a unos pocos, tiene también sus ventajas: no se puede ocultar nada, nos enteramos al instante de todas las salvajadas que cometan cualquiera de nuestras tribus. Aunque no sirva para nada.

## EL MARAVILLOSO MUNDO “MAIAMERO”

Desde hace pocos años, el mundo económico neoliberal (porque por espíritu liberal entendemos otra cosa) está impregnando la universidad, la literatura, el cine y los autobuses. Aflora por todos los medios de comunicación y por los grifos de mi baño. La interpretación de la realidad es ahora de una bondad sin límites (yo me ducho todos los días con agua bendita por el mismo precio). Vivimos en un mundo maravilloso y parece ser que todo va a seguir igual porque al fin se ha acabado la Historia (ya era hora, después de tanta guerra) como si fuese un frasco de mermelada y ahora vamos a comprar otra (de *strawberry*, creo) que es norteamericana.

Para eso está el "mercado global" que lo arregla todo. Si se acaba la Historia, se va y se compra otra a precio competitivo, donde Franco, por ejemplo, no era fascista sino un "populista-keynesiano" de la escuela de De Gaulle, como afirma un pintoresco economista neoliberal de oscuro apellido germánico. En este nuevo orden mundial, EEUU es el ejemplo a seguir. Gracias a empresarios-políticos, intelectuales de Miami, o cantantes de baladas, nos enteramos de que el país de la ley "Helms-Burton" es el país ideal (como yo ya me sospechaba desde hace tiempo) porque es la "vanguardia del progresismo" y la tierra de Gary Cooper. Mientras en Europa se acaba el "Estado del bienestar" (lástima que algunos cojudos no nos diéramos cuenta a tiempo) en ese país de cuento de hadas se disfruta del mejor de los mundos, el mundo de los

WASP (White, Anglo-saxon, Protestant) que ningún latinoamericano o español cumplimos.

Como yo ya he pasado el medio siglo largo, recuerdo en la profundidad de la Historia (que se ha acabado) haber visto en el sur de ese país progresista autobuses con puertas distintas para blancos y negros (¿será verdad o son ideas más?) universidades que sólo admitían WASP, sofisticadas sillas eléctricas y cámaras de gas para ejecutar civilizadamente a gente de etnias mayoritariamente latinas o africanas. Pero la Historia ya no existe, menos mal que nos quedan las películas de Hollywood como nueva y repleta biblioteca de Alejandría para documentarnos. Propongo pues *Miami Beach* como capital mundial de la cultura.

Por eso no me extrañó que el corresponsal de ABC en Londres publicara un libro llamando idiotas a los que aún no se hayan dado cuenta de estas evidencias post modernas. Yo me descubro como un "perfecto idiota latinoamericano" según la descripción del autor, y también soy un "idiota ideológico carpetovetónico" gracias a mi doble condición de "sudaca" de origen y "chapelón" por adopción. Por lo que me afecta, he leído con interés al menos diez o doce artículos elogiosos del riguroso tratado, algunos firmados nada menos que por su papá, el laureado novelista Mario Vargas Llosa.

No hace mucho tiempo Félix de Azúa publicó una novela titulada *Historia de un idiota contada por él mismo*. En ella, un idiota nos muestra inteligentemente la realidad que los demás idiotas no somos capaces de ver, dándonos la oportunidad de redimirnos de la idiotez a través de la literatura. Es decir, es una obra clásica. En cambio el corresponsal del diario monárquico español se limita a insultar a todo el que no esté de acuerdo con su

realidad "maiamera" y la de su amigo Plinio Apuleyo y la de otro más que no recuerdo.

Creo que el hijo de Mario Vargas Llosa es por lo menos injusto. Los latinoamericanos tenemos más de cojudos que de idiotas. Los cojudos, como su propio nombre indica (la raíz griega no me la sé) no tenemos porque ser tontos ni brutos; cojudo es simplemente el que se cojudea, el que se equivoca y persevera y dice cojudeces para justificarse. El que escribe libros como éste, por ejemplo, o como el suyo.

Los peruanos aprendemos rápido pero nos equivocamos mucho y esa es la grandeza del cojudo peruano, que cada cual se equivoca como le da la gana dando lugar a una variedad muy extensa de cojudos (como en otra parte de este libro intento desentrañar).

El idiota, término griego utilizado equivocadamente por el *junior* Vargas Llosa para insultar a los que no pensamos como él, es muy diferente del cojudo peruano de toda la vida. El idiota es de nacimiento, en cambio el cojudo lo consigue a lo largo de su vida, a veces con mucho esfuerzo y dedicación y otras casi sin darse cuenta (los segundos son los más cojudos). Recuerdo uno de los casos más precoces del colegio, ocurrió jugando al fulbito; en el instante que la pelota traspasó los palos él se quedó inmóvil y abrió los ojos como si tuviera tres bocas, después se tiró al suelo intentando coger la estela del balón que ya estaba dentro de la red y se levantó cojudo del todo. Se puso a decir cojudeces al público, al árbitro y al entrenador del equipo que estaba al otro lado de la cancha. Lo increíble fue que el que le metió el gol se volvió cojudo al mismo tiempo: saltó y cabeceó, aparentemente normal, pero al caer hizo un gesto extraño tocándose las ingles; a partir de ese momento deambuló de forma errática por la cancha como

un iluminado. Al terminar el partido se constató simplemente que se habían vuelto cojudos los dos, de golpe, sin darse cuenta, y a pesar de ser cojudos de tipos opuestos se hicieron amigos. Así se juntan y llegan a formar hasta clanes de cojudos.

En la edad adulta puede ocurrir en situaciones de fracaso o éxito similares a las mencionadas o como resultado de un entrenamiento y perseverancia, con muchas privaciones que son dignas de reconocimiento. Hay quien se empeña y lo consigue.

Por ejemplo, mi tía Areopagita encuadraría al autor del panfleto ***El perfecto idiota latinoamericano*** entre los cojudos cagabombos, que son los que se creen la divina pomada y se cuentan por cientos en el mundo intelectual. Proclives al auto elogio y fáciles al insulto, normalmente arrojados por familias de cojudos a la vela. La característica más importante del cagabombos es que sólo ve la realidad que conviene a los intereses económicos de su clan y suele ser muy oportuno para aprovecharla. En la generación de su papá (modestamente, la mía también) estaba de moda ser de izquierdas, castristas a ser posible, y apoyar la justicia social, cosa que realizaron escrupulosamente; hoy por lo visto conviene ser "maiamero" e ir al mercado a vender la mermelada. En esas estamos o están.

## NI LIMPIEN SU TUMBA, POR FAVOR

Cada cual envejece a su manera. Algun@s engordan con el paso y el peso de los años, se vuelven caderon@s (se ajamonan). Otr@s en cambio se consumen (se amojaman). L@s más rar@s crecen a partir de los cincuenta, se les alarga la cara (se achorizan) la ropa se les va quedando corta como a colegial@s viej@s. L@s hay que terminan con la cabeza cana y la piel sonrosada de abuel@s bonachon@s. También es posible lo contrario: que se tiñan de una oscuridad pancreática, ancestral, de tierra quemada, reduciendo poco a poco el espacio que ocupan en el mundo, en la cama, en la tapa del water.

Sin embargo yo he notado que en mi familia, además, nos vamos arrugando horizontalmente, a rayas, como acordeones rotos, y nos morimos un@s como felinos inclasificables y otr@s simplemente como cebras. Mi tía Areopagita Álvarez de Velázquez, mártir ella, murió como una tigresa, se le fueron achinando los ojos, el ombligo, las ganas de vivir, hasta que pegó el salto. Antes nos pidió que en su lápida pusiéramos:

**“ADIOS COJUDOS  
¡YA NO PIENSO VOLVER, CARAJO!”**

Había nacido en París por los años veinte como una gran dama, cuando su padre fue acreditado por el dictador Leguía como "Attaché comercial" de la embajada del Perú en la "Ville Lumière", ciudad que ella nombró siempre exagerando mucho la "è" del acento grave, gesto que era erróneamente interpretado como una muestra más de su

imperdonable "huachafería" ("horterada" se diría en España).

Cuando la fotografiaron con sólo tres meses en el "Jardin de Luxembourg", adornada de lacitos rosas en el pelo, en brazos de una ama bretona con cara de mala leche, nadie se podría figurar que llegaría a pronunciar "jijuna gran puta" con tanto énfasis en circunstancias tan justificadas.

-Estoy harta de vivir en este mundo tan incómodo- dijo un día mi tía Areopagita, muchos años antes de suicidarse.

-La francesa cada día está más loca- comentaron el resto de mis tías delante de ella.

Estaba harta de que los fregaderos fueran tan bajitos y que tuviera que apoyarse en el borde para que no le dolieran los riñones al lavar los platos (ella nunca tuvo muchacha). Estaba harta de que el chino de la esquina guardara en el suelo las verduras que vendía y los perros sarnosos durmieran la siesta encima. Estaba harta de que el mercado más próximo a la casa familiar estuviera lleno de moscas y no se pudiera entrar por los malos olores que expelía. Estaba harta de estar rodeada de vecinos que vivían en callejones con baño común que casi no utilizaban. Estaba harta de que en los autobuses siempre hubiera alguien que se le pegaba por detrás intentando culearla y tuviera que defenderse con sonados escándalos.

-¡Me han querido violar otra vez! decía al llegar a casa. Y mis tías le restaban importancia al asunto, entre escandalizadas y curiosas.

-¿Entonces por qué los zambos me miran con esos ojos, "carajó? Ustedes no se dan cuenta de nada porque son unas beatas de "miegda" y no salen a la calle más que a misa", les increpaba.

Por eso se mudó a la zona confortable de la ciudad, a Orrantia del Mar, lejos del mercado de Surquillo y cerca del

**Country Club.** Alquiló un apartamentito en una calle nueva, que además llevaba el nombre de un bisabuelo de la familia.

Yo viví deslumbrado por mi tía, tropezándome con las farolas cada vez que iba a visitarla a escondidas después de mis clases de pintura. Me fascinaba su "erre" francesa, su sensibilidad artística, su conversación infinita, su hermoso culo que causaba sensación en el "Expreso" de Miraflores y sobre todo sus palabrotas mal sonantes (en el Perú se dice finamente "lisuras") tan certeras.

Un día la encontré sentada en el sofá con una mujer morenita, menudita. Cuando entré, estaban hablando algo en francés pero al verme se callaron y sonrieron.

-Es la hermana de Brigitte Bardot- me dijo divertida y yo la miré con cara de cojudo caribobo. -Es verdad- insistió -está de paso por Lima con su marido que es diplomático-.

La visitante sonrió nuevamente y le dijo a mi tía algo que yo entendí como "Usted sí que ama bien la Francia, Areopagita", al tiempo que le ponía una manita enguantada sobre el muslo. Ella le respondió que no sólo la amaba sino que la adoraba, aunque recordara que en París los fregaderos eran tan bajitos como en Lima, pero allí se podía pasear a orillas del Sena sin que nadie intentara culearla, o por los Campos Elíseos y entrar en las librerías y sentarse en las mismas terrazas del barrio Latino donde Sartre bizqueaba más que nunca cuando le tomaban fotografías.

-¿Y usted ama también la Francia?- me pareció que Mme. Bardot me preguntaba cortésmente, mientras yo intentaba en vano superponer las torneadas piernas y los carnosos labios de la actriz sobre su figura menudita.

-No conozco... la Francia. Algún día iré...- le respondí como disculpándome y ocultando que los escasos conocimientos que tenía sobre su país los adquiría en las películas en versión original que iba a ver al cine *Le París* y

que me fijaba mucho más en los pechos de su hermana que en los paisajes de Francia.

Este episodio me confirmó que mi tía había estado bien relacionada en Europa, que había sido compañera de las hermanas Bardot, que el autógrafo de Maurice Chevalier era auténtico y sobre todo, que la fotografía que llevaba en el bolso de un señor con aspecto de cantante de tangos (en esa época por lo visto, todos los franceses se parecían a Carlos Gardel) era de un ser de carne y hueso, que en lugar de casarse con una peruana prefirió quedarse soltero entre francesas. La hermana de Brigitte Bardot le había traído la triste noticia del fallecimiento de Marcel.

Mi tía disimuló tan bien la noticia que yo no me di cuenta hasta después de haberse ido la visita. Una de sus cualidades era sufrir en silencio. Pero ni sus virtudes, ni sus tacos, la libraron jamás de enfrentamientos personales en la guerra que sostenía contra el resto del mundo; tal vez fuera porque aprendió demasiado tarde a sonreírle a l@s cojud@s, cosa que le costó muchos disgustos, sobre todo cuando se trataba de gente importante y les decía las cosas como las sentía.

Durante la vida de mi tía, la arroba era una medida de peso olvidada (casi doce kilos), sólo la utilizaba el chino de la esquina para comprar maíz a granel. Sin embargo hoy tiene connotaciones cuestionadoras del sistema, por colectivos gay, okupas o feministas, que podrían hacer pensar que a ella, tan peleona, le hubiera gustado que figurara en el mármol de su lápida funeraria un símbolo de ese tipo.

La @ se puso de moda un poco antes de su fallecimiento, en los primeros años de la era informática, los inconmensurables 60. Los lenguajes primitivos de programación (y las tiras cómicas y "tebeos") abusaban de signos raros (/&\*%\$@) para expresar lo inexpresable, que

mi tía, sin embargo, expresaba con tanta facilidad. A la red **Internet** le debemos que hoy se conozca la arroba (@) y se haya hecho imprescindible en los teclados de los ordenadores para poder escribir las direcciones de **E.Mail**.

Estamos pues a punto de inventarnos otra letra, como la dichosa eñe. La @ resulta ser una letra más práctica, hija de tiempos globalizados, que en castellano valdría como las vocales a, e y o simultáneamente, según los casos, eliminando el género del vocablo. Economizaría palabras, "señor@s", o eliminaría la indicación barrada que las hace extensivas al género opuesto, "señores/as". Parece tener ventajas. Facilitaría la escritura, pero complicaría la comunicación. En algunos casos no podría utilizarse: "hombres y mujeres", "actores y actrices" etc. En español tiene limitaciones, Dios sabe cómo habría que utilizarla en otros idiomas. Un lío impronunciable.

Toda la literatura que creó mi tía Areopagita se redujo a ese adiós cariñoso y definitivo que nos dedicó desde su lápida del cementerio del Angel (cuartel cuarentiuno, tercera calle, nicho número doce) que me he propuesto mantener vivo, si es posible utilizar la expresión en este caso; sin embargo, como en tantas otras cosas, en ésta creo que se equivocó, porque yo, como único intérprete de sus sentimientos, estoy seguro que a pesar de todo lo que decía ella deseaba permanecer entre nosotr@s, aunque fuera entre cojud@s.

Sospecho que la única razón que se tiene para escribir es la de querer comunicarse con l@s que aún no han nacido, con l@s que vengan a reemplazarnos, para ponerl@s sobreaviso, al menos. Las obras literarias, mientras pertenecen a nuestr@s coetáne@s, no pasan de ser simples comentarios, chismes ingeniosos entre amig@s, de situaciones que tod@s conocemos y compartimos; pero cuando pasa el tiempo y desaparece el escenario, algunas se

convierten en auténticos testimonios. Mi tía lo sabía, por eso escogió su lápida como medio de expresión. Su epitafio es pues contradictorio, como lo fue casi todo en su vida, porque (aunque se despidiera para siempre) denota un esfuerzo dramático por sobrevivir en las generaciones de cojud@s del futuro, que también l@s habrá; ella ya contaba con eso.

Me he negado pues a modernizar su túmulo funerario ante las presiones de gente que la conoció. No voy a incluir la @ en “cojud@s”, sería una gran cojudez que no me perdonaría nunca, porque habría contaminado su breve obra póstuma con un signo oportunista que ella desconocía. Mi tía cuestionó el sistema a su manera, se rebeló contra las costumbres y contra ella misma, pudo ser vengativa y mal hablada, pero de *marketing* del lenguaje no sabía nada. Los epitafios no son reemplazables como los carteles de los centros comerciales, según las modas. Los cementerios deben ser más perdurables que los hipermercados.

**Señor@s mantenedor@s del cementerio del  
Ángel:**

**La tumba de mi tía Areopagita, por favor,  
déjenla tranquila, ni la limpien, que yo  
tampoco me ocuparé de limpiar su  
memoria.**

## LAS CAÑAS DE HSÜAN-TSUNG

*“Cuando parcelaron el Edén y construyeron encima bonitos chalets, tuvieron que expulsar de los jardines a Adán y Eva porque se comían las manzanas de los árboles de los vecinos.*

*A nuestros primeros abuelos desterrados, no les quedó más alternativa que ganarse el sustento con sus manos, readmitidos como jardineros. Desde entonces, el derecho a la vida reposa en el derecho al trabajo”.*

L. Tamaral

Hsüan-Tsung fue un romántico emperador chino del siglo VII; en realidad se llamaba Li Lung-Chi y con este sonoro nombre conquistó a la bellísima monja taoísta Yang Kuei-Fei haciéndola su amante favorita y colmándola de lujos mientras su pueblo se moría de hambre. Este monarca, que restauró la dinastía T'ang, tiene el mérito de haber creado los siguientes versos:

*Si das un pescado a un hombre  
se alimentará una vez,  
si le enseñas a pescar  
se alimentará toda la vida.*

Fue un buen invento poético el del emperador Hsüan-Tsung pero desgraciadamente le sirvió de poco porque durante su reinado se extendió la hambruna por su vasto

territorio. ¿No había acaso suficientes peces en el río Amarillo?

Más de un milenio después, no solamente los chinos sino la mayoría de la población mundial continúa perviviendo en la miseria: un tercio del total se sostiene con menos de un dólar diario.

Cuando por los años 60 instalábamos los primeros "cerebros electrónicos" que alquilaba IBM para realizar la contabilidad de las empresas, los empleados de administración nos miraban con profundo y justificado recelo: súbitamente se sentían viejos, anacrónicos e inútiles. El mundo ha superado en muchas ocasiones estos trances. Probablemente los problemas del emperador Hsüan-Tsung no se debieron tanto a su dedicación a la arrebatadora belleza de Yang Kuei-Fei, como a la invención de una máquina para cosechar arroz, o a la pólvora que a la larga arruinaría la industria de sables. El problema se reprodujo más tarde en Europa con la invención de la máquina de vapor, los telares automáticos, la electricidad... Las fotografías en blanco y negro de principios de siglo están llenas de trabajadores de bigotito y gorra con la mirada incierta del que sabe que va a ser despedido de la fábrica.

El ordenador, como se llamó en España al "*computer*" siguiendo la pauta francesa para no herir castos oídos con fonética mal sonante, es la primera "caña electrónica" de la historia que siendo totalmente polivalente puede reemplazar a la persona en casi todas sus actividades laborales. De la gestión administrativa pasó a la producción, al control de servomecanismos, desplazando al trabajador de cualquiera de sus actividades. También se pudo eliminar a los que programábamos las cañas a pie de río, porque el *software* se convirtió en un producto estándar de importación que se vendía en múltiples versiones para ser utilizado en todas las

cañas del mundo, como muy bien lo entendió un tal Bill Gates (consultar hagiografía de biógrafos neoliberales).

Hoy en día, gracias al desarrollo de la Inteligencia Artificial y a su aplicación a Sistemas Expertos, la caña electrónica va a ser capaz de tomar las mejores decisiones ante situaciones imprevistas y no sólo eso, sino que aprenderá de su propia experiencia y será capaz de aplicar los conocimientos así adquiridos a nuevas situaciones, como cualquier técnico profesional. No hará falta ningún intermediario humano, es decir, en los procesos de producción, los trabajadores habrán entregado las cañas a los patronos y ellas seguirán pescando solas para beneficio de bancos y empresarios. A los trabajadores habrá que despedirlos.

Las prostitutas, poetas, artistas en general y toda la gente honrada que realiza "servicios de proximidad", incluidos los funerarios (y los menos honrados usureros, tratantes, predicadores, etc.) pueden estar tranquilos porque será imposible sustituirlos por la electrónica. Al menos hasta que se desarrollen los "mundos virtuales", que esa es otra historia por descubrir, a pesar de Fukuyama.

Tampoco deben preocuparse, de momento, los principales beneficiarios del sistema actual: los financieros y el pequeño núcleo de sumisos y recompensados directivos que administran sus negocios.

Increíblemente, los estrategas del desarrollo neoliberal siguen repitiendo los versos de la dinastía T'ang. Mis respetados Li Po, Tu Fu o Po Chü-I, no cobraron derechos de autor por las bellas cojudeces que se les ocurrían paseando a orillas del río Mekong y nunca pudieron sospechar que iban a ser cínicamente plagiados por los modernos "consultores de recursos humanos".

Sin embargo, en los interminables años 60, dos famosos "futurólogos" de la economía política

norteamericana (H.Kahn y A.J.Wiener) lanzaron a la calle el concepto de "civilización del ocio" para los años 2.000.

Las sociedades avanzadas, pensaban, se regirían por los siguientes parámetros fundamentales:

-Un 50% de la población activa gozaría de ocio remunerado.

-Al otro 50 % sólo le haría falta trabajar 147 días al año (1.000 hrs/año).

-Se ampliarían los servicios públicos: sanidad, educación, vivienda.

-La empresa privada dejaría de constituir la principal fuente de innovaciones.

-El mercado ocuparía un papel secundario frente a la bonanza del sector público.

-La histórica "lucha por la existencia" se haría innecesaria.

Con estos vaticinios, a muchos les hicieron creer que se convertirían en *hippies* en Honolulu a gastos pagados, pero resulta que las cosas, ante la pasividad de los sindicatos, han ido por caminos menos cinematográficos. Cotejemos, en este fin de milenio, lo que ha dado de sí esta película de la sociedad post industrial que los "profetas" norteamericanos nos vendieron con buen *marketing*:

-Las grandes empresas se han ido desprendiendo de su personal hasta reducirlo al mínimo, al mismo tiempo que elevan su producción gracias a los ordenadores e incrementan sus beneficios de forma escandalosa.

-Las sociedades "avanzadas" se están estructurando como una "civilización de parados" porque el ocio, en la mayoría de los casos, se produce por paro forzoso y no por *hobby* como vaticinaban los especialistas.

-El llamado "Estado del bienestar" no solamente no se está ampliando sino que se cuestiona y se reduce.

-Pasan a manos privadas grandes áreas del Estado y es el "mercado" privado el que domina la vida económica.

-El sector público languidece y desampara al individuo.

-El desequilibrio social aumenta. La pirámide de la riqueza es cada vez más desproporcionada: son más ricos los ricos y más pobres los pobres (36 millones mueren cada año de inanición).

-La "lucha por la existencia" es hoy mucho más salvaje en las capas inferiores de la sociedad, ante la escasez de trabajo.

-La globalización derriba todas las barreras que impedían que las grandes multinacionales se apropiaran de las pequeñas economías nacionales.

En resumen: hasta el guionista de las películas de Batman habría acertado más que la pareja de "futurólogos" del Pentágono, Kahn-Wiener.

Actualmente, en esta aldea global liberada de la amenaza marxista, los mandarines del gran capital internacional tratan de instaurar un escenario económico parecido al de la época de Hsüan-Tsung, pero hoy sabemos que lo que extendió la hambruna por China no fue la falta de peces en el río Mekong, sino que los mandarines pescaban con red mientras a los trabajadores les negaban las cañas.

Y el pueblo se rebeló, con razón, y mató a la bella Kuei-Fei, como si ella hubiera tenido la culpa.

## LA IMPROBABLE MUERTE DE DON QUIJOTE

*“Quítenseme de delante los que dijeren  
que las letras hacen ventaja a las armas”.*

Don Quijote de la Mancha.

El Quijote llegó al Perú el 5 de junio de 1606, en una nao de carga que disponía de dos camarotes de pasajeros en popa. Venía en una de las cajas que un librero de Sevilla enviaba a su factor de Lima. Y un año después apareció en público en una fiesta de Pausa, pequeño pueblecito andino, armado con una "cota muy mohosa" y un "morrión con mucha plumería", en un caballo flaco, acompañado del cura, el barbero, la princesa Micomicona y de su fiel escudero Sancho. Su triste y ridícula figura excitó la hilaridad del auditorio. Sancho Panza "echó unas coplas de primor que por tocar en berdes no se rrefieren", dice la crónica, privándonos de conocer los chistes verdes pergeñados para la ocasión.

Las reacciones ante el primer encuentro con el ingenioso hidalgo suelen ser varias. Yo lo conocí en las aulas del colegio jesuita de Lima. Se trataba de la edición escolar publicada en 1953 por la editorial Luis Vives. La misma que estudiaba en esos años la que después sería mi mujer (pero que entonces no sospechaba de su existencia, ni ella de la mía) en el colegio de las agustinas de Madrid. Ambos aprendimos en sus páginas las diferencias entre aljamía y algarabía, qué era el bálsamo de Fierabrás, cuándo se debe emplear la desinencia "chon" y muchas erudiciones más que yo olvidé enseguida y ella, más ordenada y estudiosa, continúa recordando.

Sin embargo, lo que yo conservo de esas lecturas obligadas es una vaga aversión (¿"ojeriza" en lenguaje cervantino?) hacia ese loco peligroso de La Mancha que empezó su andadura como un simple "monomaniaco", al decir de Menéndez Pelayo y la ha terminado como símbolo del carácter español. Si en aquella época hubiera conocido la opinión de Unamuno, probablemente habría sufrido mi primera gran depresión escolar.

Cervantes inventó un hidalgo con delirios de grandeza, fanático, prejuicioso y abusivo imaginario. Verdugo y víctima, tan pronto arremetía contra sus visiones fantasmales como era atacado a pedradas o a estacazos por gente sin escrúpulos. Su testarudez y seriedad llegan a ser a veces escandalosas. Todo el humor que le sobraba a Cervantes le faltaba a don Quijote.

Ignoraba yo, en mi pupitre escolar, que quien realmente había sufrido los reveses de la vida en aventuras desafortunadas e injustos atropellos, por culpa de la política imperial, era el propio manco de Lepanto.

Don Quijote, por un lado reunía hasta el delirio las supuestas virtudes cristianas de ascetismo, o caridad, pero por otro encarnaba las peores actitudes de los nobles, clérigos e inquisidores del monarca absolutista de El Escorial que, con loable intención de servir a Dios e impedir la corrupción, cometían desaforados excesos contra la población, ya muy diezmada por pestes y conquistas, de los que fue víctima en más de una ocasión el propio autor.

Creí detectar este sentido de la obra, más crítico que satírico, en mi primera aproximación a su lectura. A mí no se me ocurrió ningún chiste verde ("colorado" se dice ahora en el Perú), más bien, me situé entre los pretendidos enemigos del colérico caballero, entre aquellos villanos que el hidalgo buscaba obcecadamente por Castilla a lomos de Rocinante para castigarlos por los males que perpetraban.

Era lógico que el ambicioso Sancho me inspirara, en cambio, un sentimiento más fraterno, lo veía como a un ignorante arrastrado por la arrogancia de un visionario. Sospechaba que lo contrario al idealismo interesado del imprudente hidalgo no era el realismo necesario del escudero, que iba a su lado, sino la humanidad de su autor, que estaba detrás, lleno de sentido común.

En 1590, antes de haber creado a los universales personajes, el escritor solicitó autorización para pasar a Indias. Ya había perdido el movimiento de una mano peleando contra los turcos, había soportado cinco años de prisión en las mazmorras de Argel y servido durante veintidós años a la Corona (algunos pasados en la miseria) sin obtener ningún reconocimiento en España. Miguel de Cervantes Saavedra declara entonces a sus amigos que se encuentra entre los que quieren partir para el Nuevo Mundo, probablemente a cubrir un puesto que había quedado vacante en el Perú. La rígida administración española le niega el permiso para embarcarse a América obligándolo a permanecer en Sevilla ocupando un modesto empleo en la Hacienda pública. La ingratitud es aún mayor, no solamente no se tienen en cuenta sus méritos militares y literarios sino que es encarcelado en repetidas ocasiones por motivos nimios o prejuicios burocráticos. A pesar de todo, Cervantes no cesa de escribir. Ha terminado *La Galatea* y varias piezas de teatro sin mucho éxito; es entonces que inicia *El Quijote*. La belleza del texto no nos puede hacer olvidar que el personaje es esperpéntico, neurótico, inflexible en sus sentencias, andante por una España ya quijotesca, empeñada en conquistar Inglaterra con una Armada que más que Invencible debió llamarse Inservible porque tuvieron dificultades hasta para disparar los cañones. (Cervantes lo sabía bien, incluso había trabajado en su aprovisionamiento.)

Todo este preámbulo viene a cuento del idioma. Cuando mi desconocida Dulcinea y yo estudiábamos El Quijote, ya habían muerto muchos vocablos de la lengua de Cervantes y quedaban, afortunadamente, muy pocos caballeros andantes sueltos por Castilla o Lima. Sólo necesitábamos enfrentarnos a la obra escrita en lenguaje un poco arcaico. La mayoría de los términos y expresiones que figuraban en los comentarios de texto de nuestro manual escolar no se emplean desde hace muchos años. Jamás he oído a nadie, ni en carnavales, que diga "bizna", "sinabafa" o "papar duelos" y sólo he escuchado una vez a mi suegra decir "sandio", sospecho que refiriéndose a mí.

El idioma lógicamente también ha evolucionado y no lo ha hecho exactamente de la misma manera a ambos lados del Atlántico y costas del Pacífico. En América hay letras que se niegan a cambiar, como la "F" de "fierro" que se resiste a convertirse en "H", otras veces se han implantado distintas palabras para designar algo nuevo, como "tina" por "bañera", "arco" por "portería" de fútbol etc. y en algunas ocasiones son las conjugaciones de los verbos que se emplean de distinta manera, como la segunda persona del plural (asociada al pronombre "vosotros") que en casi toda América ha caído en desuso (no se le dice vosotros ni a los niños) sustituida por la tercera persona, asociada correctamente a la abreviatura "ustedes". Otra característica divergente es la habilidad con que se manejan los diminutivos en Hispanoamérica, que nos hace preferir "silleta" a "silla", o que nos permiten precisar fracciones de tiempo infinitesimales, como "ahoritita" (pronunciado "auritita"), que los físicos han necesitado sofisticados instrumentos para medirlas.

Cuando los sudamericanos aterrizamos (es un decir, porque la mayoría veníamos en barco y en segunda clase) en la España de los años 50 (en la que aún había pocos

futbolistas -Seminario, Di Stéfano- que familiarizaran a la afición con el acento argentino o peruano, ni se había asomado Kiko Ledgard a las pantallas de televisión) teníamos abundante tema de conversación verificando las diferencias del lenguaje. El sentido coloquial de parte de nuestro vocabulario presentaba dificultades de comprensión y a veces nos obligaba a hacer un esfuerzo mutuo para encontrar las correspondencias españolas de expresiones como "aventar" (lanzar), "viada" (impulso), "malograr" (estropear), "chompa" (jersey), "de repente" (quizá), "en antes" (hace un momento) y de muchos verbos que sonaban a "castellano" pero de los que se ignoraba su significado exacto ("siriar", "cachuelear") o simplemente no eran de uso habitual ("demorar" por "tardar", "apurarse" por "darse prisa") etc. A esto hay que añadirle que los diferentes acentos del continente americano (que al lado de la pronunciación clónica de los locutores de la Radio Nacional franquista podían parecer hasta afeminados) hacían que el diálogo fuera interrumpido innumerables veces con aclaraciones.

Adaptarse precipitadamente a la forma de hablar peninsular podía producir resultados estrambóticos. Un buen amigo y mejor estudiante de medicina (me curó una gastritis estando sólo en tercer curso) pero negado totalmente para la prosodia, en su afán por hablar como español, engolaba la voz y cambiaba el adverbio "donde" por "do" (inspirándose en lecturas clásicas) y podía soltarte por cualquier pasillo del colegio mayor Guadalupe: "¿Do vas esta tarde, chaval?" sin inmutarse. Su novia, madrileña, lo miraba entonces embelesada porque creía que así hablábamos todos los cojudos en el Perú.

Pero lo que me parece realmente importante es el aporte de nuevos vocablos procedentes de lenguas indígenas americanas. Si elimináramos las voces oficialmente

reconocidas de origen quechua, aymara o azteca, los diccionarios españoles menguarían significativamente, pero si añadiéramos las expresiones que se escuchan en cualquier chingana caribeña, andina o amazónica, sin estar reconocidas como "americanismos", harían falta varios tomos del diccionario para recogerlas.

Nada de esto tiene que ver con las modas o conveniencias idiomáticas que se establecen en determinados períodos por intereses políticos. Lo que no nos esperábamos al llegar a España era que además nos íbamos a encontrar con un idioma oficial, artificial, una especie de lenguaje "políticamente correcto" impuesto por el régimen para redactar los partes radiofónicos. Resultaba sorprendente descubrir que a los obreros se les llamara "productores", que las sirvientas fueran "empleadas de hogar", y que a lo mejor iban a terminar llamando "técnicos en residuos sólidos" a los basureros.

Pero resultaba aún más sorprendente que al gobierno autoritario, impuesto por las armas, se le denominara "democracia orgánica" y a la estructura jerárquica del trabajo se la reconociera por "sindicato vertical". Ante esta situación deduje que en España lo de llamarle "al pan pan y al vino vino" se había quedado para épocas cervantinas. Pero también me equivocaba, porque ya Quevedo decía que "por hipocresía llaman al negro moreno; trato a la usura; a la putería casa; al barbero sastre de barbas y al mozo de mulas gentilhombre del camino".

Hoy vivimos bajo el dominio de lo que se considera "políticamente correcto" en una sociedad global seudoliberal. Han cambiado un poco los términos. No importa que en esta aldea planetaria la distancia entre ricos y pobres cada día sea mayor, no importa que no haya trabajo para los jóvenes y el poco que consigan sean sólo "cachuelos", que a los "productores" mayores de

cuarentaicinco años los echen a la calle, no importa, porque se acuña la frase adecuada y asunto resuelto: "España va bien". "Estados Unidos va mejor".

Sorprendentemente ni en La Mancha ni en Nueva York el negro es negro sino "hombre de color". Término equívoco porque incluye la posibilidad de ser rojo o verde. Si se aplicara la misma lógica al blanco habría que llamarlo "hombre incoloro", asimilando también erróneamente el blanco a la falta de color. Por otro lado se establecen dos únicas clases de piel: los de color y los incoloros. ¿Cómo nombraremos al resto, es decir, a los cobrizos, amarillos, etc.? ¿Y a los que somos mestizos? Habría que decir "hombres de color pero un poco descoloridos" o tal vez "hombres incoloros de tono oscuro". Sería complicado tratar de aplicar esta clasificación a los sudamericanos. Creo recordar que ya en tiempos de Cervantes se establecieron sesentaiocho posibles combinaciones entre razas amerindias, africanas y españolas. Posteriormente, con las inmigraciones chinas, italianas, alemanas etc. a las costas americanas, las posibilidades son al menos tan numerosas como las idiomáticas. Por esta razón creo que los científicos de Massachusetts han descartado el estudio de nuestro mapa genético, porque podrían aparecer hasta genes moriscos de la reconquista, que ya son intratables obviamente, en los centros de investigación norteamericanos.

Como es un hecho que el lenguaje evoluciona a medida que cambia la sociedad, algunos políticos modernos auxiliados por una cohorte de "escribientes" de éxito, han pensado malévolamente que cambiando los vocablos se podía cambiar el mundo o al menos hacer creer que había cambiado. No sé si en inglés es posible, pero con los herederos de la lengua de Cervantes, esparcidos por tres continentes (cada uno de nuestro padre y de nuestra madre), dudo mucho que lo consigan.

El auténtico Quijote recuperó la cordura en su lecho de muerte y Cervantes levantó acta de su lúcida defunción; no así los imitadores que suelen morir en guerras santas y patrióticas llevando las banderas. Los que fracasan en tales empresas se plantean el suicidio, pero no es frecuente que lo culminen. Los que consiguen conquistar la ínsula Barataria, lejos de cederle el gobierno a su escudero, la disfrutan durante los años de inmortalidad, perdón inmunidad, que les confiere el Poder para luego desaparecer como si fuesen irrepetibles, aunque a veces existe el peligro de que resuciten.

Por precaución, cualquier Sancho Arias debería anunciar la defunción de los Quijotes de la siguiente manera:

“Españoles, creo... que el último Quijote, ha muerto”.

Y seguidamente habría que encerrar a ese loco “salvapatrias” tras siete puertas blindadas de buena marca para que no vuelva a escaparse en La Mancha. Ni en los Andes.

## CULTURA HISPÁNICA

*"...así he vivido yo,  
con una vaga prudencia  
de caballo de cartón en el baño..."*

Luis Rosales

Me escrutaba con sus ojillos azules color agua, más de río que de mar, mientras yo pensaba: "¿Qué pasó para que este hombre se quedara en la España de Franco después de la guerra, conviviendo con los asesinos de su amigo Federico García Lorca, en vez de irse a México o a la Argentina, como la mayoría de los poetas del 27?"

-¿Me dice usted que quiere ser poeta?- me preguntaba como asintiendo.

Luis Rosales hablaba amablemente, con tono pausado, desde su cara redonda, desde su alma redonda, en su despacho redondo de Cultura Hispánica. Le pesaba el gran secreto de los últimos días que Lorca pasó en su casa, antes de que se lo llevaran para fusilarlo en Víznar. La vivienda familiar de los Rosales en Granada debió ser una casa de techos altos y noches largas. En los primeros años 60, cuando yo lo conocí, sólo había desvelado parcialmente esos trágicos sucesos a poquísimas personas, en el extranjero, después conocidos por la documentada investigación que realizó el hispanista Ian Gibson.

Peligrosos son los gobiernos que primero asesinan a sus poetas y luego publican sus libros y les hacen homenajes. Peligrosos principalmente para los lectores que terminamos sin saber qué y a quién leemos. Luis Rosales encarnaba esta siniestra paradoja de la España Franquista y de casi todas las posguerras civiles. ¿Era víctima o verdugo?

Viendo las fotos de ejecuciones callejeras, había comprobado con estupor que las cabezas de los fusilados suelen tener el mismo aspecto y expresión que las de sus verdugos, lo que me confirmaría en mi creencia que las ejecuciones son una forma de suicidio colectivo, el pueblo que se aniquila a sí mismo. En este caso era también un suicidio cultural, matar al hombre y a su poesía, pero esto último es imposible. Las circunstancias lo hicieron aún más repudiable, de nada valió que los Rosales (con miembros en Falange Española) lo ocultaran en su casa, que Luis intentara rescatar a su amigo de la cárcel, de nada valió: mataron a los dos, Lorca físicamente y Luis Rosales quedó como el fantasma custodio del crimen.

A Federico García Lorca lo fusilaron casi sin preámbulos, entre un banderillero y un maestro de escuela, en paseíllo fatal bajo la Luna de Granada. Al otro gran poeta, Miguel Hernández, lo estuvieron matando en una celda durante tres años seguidos; en 1942 terminó de morir tuberculoso en la cárcel de Alicante, sin ver el cielo.

-¿Y quiere ser usted poeta en España?- me repitió Luis Rosales como dudando.

-Lo intentaré- le respondí desde lo alto de mis veinte años. Empecé a frecuentar la tertulia literaria que dirigía Rafael Montesinos en la salita del primer piso del Instituto de Cultura Hispánica y pude ver al poeta Luis Rosales en más de una ocasión arrastrando sus terribles recuerdos del crimen de Granada, por los pasillos y los despachos de esa institución franquista dedicada a Hispanoamérica. ¿Así le pagaban su silencio?

-¿Está seguro?- me inquirió por última vez agarrando con la mano izquierda el pomo de la puerta y su temblor hizo vibrar los cristales.

## TRISTEZA *POST COITUM*

*... Así en la literatura como en el sexo,  
libranos Señor de todo mal. Amén.*

*L. Tamaral.*

No le tengo miedo a la muerte. Sin embargo le tengo pánico al dolor, a la injusticia, al hambre, a la incomprensión... a casi todo, como casi todo el mundo. Me asusta el miedo, porque sospecho que lo contrario del placer no es el dolor, sino el miedo.

Vivimos peligrosamente en una cultura que reprime el placer, principalmente el sexual y promueve el miedo; somos pues una generación amenazada, por tanto miedosa y con sentimientos culpables. El infierno atemorizaba a la gente en épocas medievales y a los alumnos del colegio jesuita donde estudié; la sífilis más recientemente, en tugurios y debajo de los puentes; y ahora el sida, hasta en los mejores salones. No deja de ser absurdo que una relación amorosa o simplemente sexual, nos pueda llevar a la muerte; como si el propio amor, o el sexo, no fueran padecimientos crónicos e incurables en sí mismos.

De niño pensaba que los rayos y los truenos eran artificios de las películas de terror americanas, tan irreales como los sótanos de esas granjas destartaladas de Winsconsin, donde se encontraban los cadáveres.

En el valle del Rímac limeño no hay tormentas; no hay viento; no llueve; el horizonte del océano Pacífico desaparece por la bruma; ni siquiera el cielo despejado llega a ser realmente azul, se queda en un gris papel de pescadero surcado de pelícanos. Ingenua venganza

climatológica la del Inca: a sólo treinta kilómetros cauce arriba, luce un sol esplendoroso.

La casita que mi padre alquiló en Miraflores tenía un balcón redondo cubierto por una visera modernista, desde donde se veía la gasolinera de Constantino y la avenida que iba hacia Barranco. Allí apoyábamos la jaula del canario que cantaba *blues* en inglés, porque nos lo regaló una secretaria de la embajada americana, hasta que nos lo robaron.

La noche que cumplí cinco años, mi padre me despertó para que viera llover, como en Bruselas, me dijo. Salimos al balcón y apoyado en la barandilla alargué mi brazo, enredado aún en serpentinas, para sentir los goterones negros que casi hunden los techos de quincha de media ciudad; pero a la mañana siguiente pensé que había sido un sueño, aunque las serpentinas estuvieran todavía húmedas. El fenómeno no volvió a reproducirse a lo largo de mis primeros y resecos años de vida.

En el "cuarto de atrás" había un paraguas viejo que mi padre trajo en su equipaje europeo. Era un artilugio incomprensible que difícilmente desplegábamos. Terminó clavado en el jardín para darle sombra a un cachorro enfermo, no le encontramos otro destino más práctico. Cuando murió el animal, cerramos el paraguas y lo enterramos dentro.

La vida está llena de peligros que como los rayos, los truenos y el infierno que nos insuflaron en la infancia, desconocíamos. Sin riesgo no se puede vivir, terminamos los viajes cotidianos satisfechos de haber sobrevivido. Pero el fin, la muerte, es irremediable. Lo trágico es ir por una carretera que termina en un abismo; lo cómico es ir cantando. Tampoco serviría de nada lamentarse, porque no sabemos el cuándo ni el cómo. Mientras tanto, podríamos

no preocuparnos y deleitarnos con paisajes y aventuras amorosas, como Juan Ruiz, el poeta medieval:

*Que dice verdad el sabio claramente se prueba;  
hombres, aves y bestias, todo animal de cueva  
desea, por natura, siempre compañía nueva  
y mucho más el hombre que otro ser que se mueva.*

El humor ayuda mucho, el amor aún más, aunque ambos sean del malo. No sé cómo los modernos psicólogos hablan de tristeza *post coitum*, cuando la verdadera pena es la del *pre coitum*, mientras la naturaleza aguarda para hacer el amor. Lo sabemos ahora en nuestra sociedad tecnificada, y ya lo sabía el Arcipreste de Hita ansioso de realizarlo con las mozas por los campos de Toledo, en plena Edad Media, cuando no sufrían la sífilis pero los clérigos goliardos estaban amenazados con el infierno, como nosotros en el colegio.

Por los años 70, aún existía en Sevilla uno de los burdeles más pintorescos y discretos de la ciudad. Estaba situado al borde del río, en el número 20 del Paseo Colón, en la planta superior de un popular mesón. El portón de acceso, escasamente alumbrado por una bombilla amarillenta, daba a la calle trasera y se subía por una escalera alfombrada a la que llegaba el olor de la ropa interior recién lavada con jabón Lagarto tendida en la azotea.

Las prostitutas del establecimiento eran recatadas y silenciosas, como monjas. El salón de altos techos estaba decorado con muebles castellanos, apolos descabezados y venus mancas, un sinnúmero de cuadros de gitanas, postales antiguas, recuerdos, exvotos y una vitrina iluminada, llena de botellas de colores, para dar el ambiente frívolo adecuado, donde el "barman" servía los

"daikiris" que estaban de moda entonces. Mirando hacia Triana, en la pared principal, había una gran fotografía en marco dorado de *sir* Alexander Fleming, "el salvador", que había sustituido a un Sagrado Corazón de Jesús que anteriormente presidía el local. En rincones menos aparentes, como aparadores y hornacinas, se podían ver estatuillas de San Judas Tadeo, el Cristo Pobre y San Pancracio, a veces con un florerito de jazmines o de perejil, para que trajeran suerte.

Cecilia teñía sus canas de un pálido color rubio y se las recogía detrás de la cabeza, con cierta elegancia. Sólo se acostaba con sus clientes, unos ocho o diez señores mayores que curiosamente todos se llamaban don Arturo. Uno de ellos, más culto, solía llamarla "Cecilia Böhl de Faber" y ella sonreía imaginándose que la comparaba con la protagonista de "Sisí emperatriz".

-¿Ha venido don Arturo?- preguntaba modosamente.

-No, no ha llegado ninguno de ellos- le contestaba el camarero cortésmente.

Entonces, se acercaba al cuadro del científico inglés y le encendía una candelita roja a los pies. Luego le olían las manos a incienso y lavanda.

La penicilina había suprimido uno de los peligros de los últimos siglos: la sífilis. El placer casi se había liberado y Cecilia se lo agradecía a Fleming todas las tardes, al paso que le rogaba que viniera a visitarla alguno de sus amigos.

El prostíbulo del Paseo Colón ya no existe, en su lugar se levanta un edificio de una compañía de seguros (paradojas urbanas). En los luminosos "puticlubs" de hoy en día ningún científico se ha hecho todavía acreedor a la veneración de las prostitutas. No hay imágenes ni estatuas, sólo videos chirriantes. En la bulla, el peligro acecha como

virus electrónico; el sida, es otra manera de regresar al Medioevo, reprimidos y miedosos. Mala suerte, ahora que ya habíamos suprimido las enfermedades venéreas y el infierno.

Nos podemos consolar pensando que esta vez, por lo menos, se trata de una regresión a una Edad Media tecnológica y moralmente globalizada, como la economía o la política. En Africa, que no necesita regresar a ninguna parte, la epidemia arrasa poblaciones enteras, pero eso no parece preocuparnos demasiado. Mientras tanto, en Occidente, los auténticos beneficiarios son los laboratorios de antiretrovirales y los fabricantes de preservativos.



## Epílogo

Muchos lectores podrían pensar que las historias que contiene este libro son exageraciones del autor; tengo que admitir que algo habría de cierto en tal afirmación. Sin embargo, también puedo asegurar que la mayoría de ellas no son más que pálidos reflejos de la realidad.

Por ejemplo, en mis andanzas como encuestador rural, me encontré en la región de El Bierzo, con un poblado minero semi abandonado donde la totalidad de los ya escasos vecinos se habían quedado ciegos a causa de una explosión. Tanto los antiguos jornaleros como sus mujeres, sus madres, sus suegros y sus hijos (no, no recuerdo niños) andaban a tientas por las calles ignorando, entre otras cosas, cómo se habían ido degradando sus viviendas y su pueblo. Al no ser conscientes de la gravedad del problema (ni tener posibilidades de solucionarlo) se habían habituado a vivir y a convivir entre las ruinas peligrosas de sus casas y las de los túneles de las galerías clausuradas.

He intentado varias veces narrar esta historia que encontré conmovedora y no he sido capaz. No es creíble. En ocasiones es difícil aceptar la realidad, aunque otras veces la ficción resulte siendo más verdadera que los hechos que la originan.

Aquellas figuras fantasmales, haciendo equilibrios por escaleras a la intemperie, balcones sin barandillas y socavones, que entre bromas y blasfemias me gritaban con los bastones en alto y el blanco de los ojos orbitando sin control, que intercediera por ellos en Madrid (creyendo encontrarse ante un funcionario) no

pertenecen al mundo de lo posible, son habitantes de la sierra de un mal sueño que yo no tengo talento para poder describir.

En el fondo, todos andamos por este planeta en las mismas condiciones que los desgraciados vecinos de aquel pueblo: en la oscuridad. Yo creí comprenderlos y me identifiqué con su falta de visión del mundo. Desde entonces alego o escribo ante un funcionario inexistente.

**Autores citados:**

- Alain (Emile Chartier) 76  
Alberti, Rafael 32,77  
Aleixandre, Vicente 60,61,66  
Arciniega, Rosa 67-68,69  
Azaña, Manuel 38,44  
Azorín (José Martínez Ruiz) 78  
Azúa, Félix de 95  
Barbero, Edmundo 37  
Barbusse, Henri 68  
Barral, Carlos 78  
Böhl de Faber, Cecilia  
(Fernán Caballero) 122  
Cernuda, Luis 77  
Cervantes Saavedra, M de 109-  
116  
Chabuca Granda  
(Isabel Granda) 51  
Chaplin, Charles 68  
Corpus Barga  
(Andrés García de la Barga)  
37,69  
Diego, Gerardo 33  
Dos Passos, John 68  
Duncan, Isadora 68  
Falcón, César 67,77  
Falcón, Irene 67  
Falcón, Lidia 67  
Fukuyama, Francis 106  
García Lorca, F. 77,117,118  
Gibson, Ian 117  
Gide, André 79  
Góngora y Argote, Luis de 37  
Hansum, Knut 78  
Haro Tecglen, Eduardo 69  
Heraud, Javier 61  
Hernández, Miguel 77-78,118  
Hesse, Herman 68  
Hsüan-Tsung  
(Li Lung-Chi) 104-105,108  
Ibarruri, Dolores 45  
Inca Garcilaso de la Vega 15  
Ibañez, Francisco 78  
Iwasaki, Fernando 32  
Jiménez, Juan Ramón 77  
Kafka, Franz 48  
Kahn, Herman 107  
Khayyám, Omar 54  
King, Martin Luther 80  
León Felipe  
(Camino Galicia de la Rosa) 77  
Li Po 106  
Machado, Antonio 77  
Malraux, André 79  
Martín Santos, Luis 62  
Marx, Carlos 68  
Matsuo Bashô  
(Matsuo Munefusa) 75  
Menéndez Pelayo, Marcelino  
110  
Meneses, Carlos 60  
Montesinos, Rafael 118  
Oquendo de Amat, Carlos 60-61  
Paso, Alfonso 32  
Po Chü-I 106  
Prados, Emilio 77  
Price del Penique, Alfredo 33-35  
Proust, Marcel 80  
Puccinelli, Jorge 78  
Quevedo, Fco. de 37,51-52,114  
Quiroga, Elena 60  
Rodríguez, Claudio 60  
Rolland, Romain 68  
Rosales, Luis 117-118

Ruiz, Juan	Umbral, Francisco 67
(Arcipreste de Hita) 121	Unamuno, Miguel de 110
Salgari, Emilio 86	Vallejo, César 60-61,68-69,77
Santa Cruz, Nicomedes 89	Vallejo, Georgette de 68
Sartre, Jean-Paul 79	Vargas Llosa (junior) 96
Sassone, Felipe 32-33	Vargas Llosa, Mario 95,96
Sender, Ramón J. 69,77	Vian, Boris 79
Sofocleto	Viuda, Luis Angel de la 49
(Luis Felipe Angell) 31	Wiener, A.J. 107
Tamaral, Leopoldo 37,104,119	Zilahy, Lajos 78
Tola, Fernando 61	
Tu Fu 106	

## ÍNDICE

Prólogo _____	11
La memoria ancestral _____	13
El cinturón del “tacataca” _____	16
Con Ñ de coño y CH de chucha _____	20
Música celestial _____	24
Las momias y mi profesora _____	26
Mi tía Areopagita la lisurienta _____	31
(Página en blanco) _____	36
La España que aún no conocía _____	37
La reina de Saba y yo _____	41
Topo _____	44
La religión de los <i>cowboys</i> _____	51
El planeta del toro _____	54
(Dibujo: Tauromaquia) _____	56
Análisis clínicos _____	57
Poetas muertos _____	60
El tractor del tiempo _____	62
La cuna de plomo _____	66
Canguros agresivos _____	71
Gaudeamus igitur, pues _____	75
El francés a 3.000 pts _____	81
El Tongo Belga _____	83
En vez de teja abrazadera _____	86
Intrálogo _____	89
Ikebana de sangre _____	91
El maravilloso mundo “maiamero” _____	94
Ni limpien su tumba, por favor _____	98
Las cañas de Hsüan-Tsung _____	104
La improbable muerte de Don Quijote _____	109
Cultura Hispánica _____	117
Tristeza <i>post coitum</i> _____	119
Epílogo _____	125
Autores citados _____	127

Se empezó a imprimir,  
para ser distribuido en Internet por BUBOK,  
“Conjeturas y otras cojudeces de un sudaca”,  
en Sevilla,  
el día 6 de enero de 2010,  
fiesta de los Reyes Magos.



No se dirá aquí nada para elogiar esta obrita miserable, pues todo el mundo sabe que el autor es quien escribe la contratapa.

**BORIS VIAN**

Este pasquín o libelo no está destinado a los circuitos comerciales, sino a mis amigos que espero sean más indulgentes y lo guarden a ser posible virgen en el cajón donde tengan las fotos de familia inclasificables, el manojito de llaves que nadie sabe qué puertas abren o el video porno olvidado. Si decidieran colocarlo en su biblioteca, les ruego que tengan cuidado de no ponerlo cerca de ningún 'best-seller', porque es muy sensible y podría suicidarse tirándose de cabeza al cubo con lejía de la fregona.

**EL AUTOR**